



Grupo Latinoamericano de
Cursillos de Cristiandad
www.cursillosglcc.org.mx
e-mail: sede@cursillosglcc.org.mx



Secretariado Nacional del Movimiento
de Cursillos de Cristiandad de México
www.cursillosmexico.org.mx
e-mail: cultreya@infosel.net.mx

Oficina Sede:

**Calle Hidalgo # 628 Pte. Centro. Monterrey, N. L. México C.P.
64000**

Tels. y Fax:

Del interior del País
01 (81) 83.40.20.06
(81) 83.43.96.58
(81) 83.44.07.20

Del exterior del país
00 52 (81) 83.40.20.06
(81) 83.43.96.58
(81) 83.44.07.20

AGENDA DE MI PEREGRINAR

*AUTOR ANÓNIMO
SECRETARIADO NACIONAL DE ESPAÑA*

PROLOGO

El Grupo Latinoamericano de Cursillos de Cristiandad y el Secretariado Nacional del M.C.C. de México, al reeditar este interesante libro nacido en la década de los años setenta, pretende proporcionar a los cursillistas, una idea de lo maravilloso que es vivir el cristianismo a través de las vivencias y experiencias de un anónimo cursillista que comprende la realidad humana, que entiende, busca y encuentra a Dios, y por supuesto, logra la felicidad que nace de la fe.

Según Don Sebastián Gayá, que hace la presentación del libro, el autor anónimo es de Nicaragua, no sabemos quien es, ni queremos investigarlo, respetemos su anonimato; lo que sí nos atreveríamos a asegurar es que este libro llenará de emoción, de amor, de humildad y sobre todo de entusiasmo a quienes continuamente están esforzándose por ser mejores cristianos.

De manera muy especial esperamos que su lectura motive a todos aquellos que, desde el Movimiento de Cursillos ejercen su apostolado y sirven a la Iglesia.

Demos paso a la lectura de este interesante texto que inicia con la presentación del libro por parte de Don Sebastián Gayá, en la que podrán corroborar los valores que éste contiene.

Por favor hermanos, no pasen por alto el mensaje que nos hace uno de los más importantes iniciadores del Movimiento de Cursillos, el Pbro. Don Sebastián Gayá.

De Colores...

**Comisión Ejecutiva del
Grupo Latinoamericano del
M.C.C.**

**Comisión Ejecutiva del
Secretariado Nacional del
M.C.C. de México.**

INDICE

Presentación	9
Porqué	15
Umbral	17

PARTE I 1968 – 1969

Capítulo 1. El niño	21
Capítulo 2. La firma	23
Capítulo 3. El sacrificio de Abraham	24
Capítulo 4. La máquina	25
Capítulo 5. El suave castigo	26
Capítulo 6. El necio	27
Capítulo 7. El periódico	28
Capítulo 8. El salvadoreño	29
Capítulo 9. El trabajo	30
Capítulo 10. Las manos de mi mujer	31
Capítulo 11. Mis hermanos apóstoles	32
Capítulo 12. La cárcel	33
Capítulo 13. Los locos de Dios	35
Capítulo 14. La teología	37
Capítulo 15. El gerente general	39
Capítulo 16. Mi amigo	40
Capítulo 17. Los ojos del niño	41
Capítulo 18. El escritor	43
Capítulo 19. El ateo	44
Capítulo 20. Los sonidos del mundo	45
Capítulo 21. La muerte del justo	46
Capítulo 22. Túnel	47
Capítulo 23. Los ríos	48
Capítulo 24. Las semillas	49
Capítulo 25. El hombre	51
Capítulo 26. Navidad	53
Capítulo 27. El escondite	55
Capítulo 28. Embargar	57
Capítulo 29. El anillo	59
Capítulo 30. La flauta mágica	60
Capítulo 31. El cartel	62

Capítulo 32. Hombres de trópico	63
Capítulo 33. El líder sindical	65
Capítulo 34. Asamblea	67
Capítulo 35. Un libro	69
Capítulo 36. El gran enredo	71
Capítulo 37. El apóstol	72
Capítulo 38. William	73
Capítulo 39. Signo	74
ARCO	77
PARTE II 1969 – 1971	
Segunda Etapa	81
Capítulo 40. La calumnia	83
Capítulo 41. El préstamo	85
Capítulo 42. Mis amigos burlones	86
Capítulo 43. Acusado	87
Capítulo 44. Lección	89
Capítulo 45. Noche oscura	90
Capítulo 46. Ausencia	92
Capítulo 47. La angustia vital	93
Capítulo 48. El cielo	95
Capítulo 49. Las estructuras	97
Capítulo 50. El pecado del mundo	98
Capítulo 51. La fe	99
Capítulo 52. Día de pago	101
Capítulo 53. La fama	103
Capítulo 54. La conferencia	105
Capítulo 55. La futilidad	108
Capítulo 56. El pronombre	109
Capítulo 57. Contradicciones	110
Capítulo 58. Nosotros	112
Capítulo 59. Mi crucifijo	113
Capítulo 60. Mis amigos	114
Capítulo 61. Las piedras de colores	115
Capítulo 62. La amistad	117
Capítulo 63. El empresario	118
Capítulo 64. Los hombres desnudos	119

PARTE III 1971 – 1972

Capítulo 65. Pensamientos en soledad	123
Capítulo 66. Estratos	125
Capítulo 67. La ciudad	127
Capítulo 68. El desierto	129
Capítulo 69. La muerte	131
Capítulo 70. Año nuevo	133
Capítulo 71. Vacaciones	134
Capítulo 72. Los hijos	136
Capítulo 73. Las puertas de hierro	138
Capítulo 74. El bongo varado	139
Capítulo 75. La muerte de Juan	140
Capítulo 76. Eucaristía	141
Capítulo 77. Misa	143
Capítulo 78. Hágase tu voluntad	145
Capítulo 79. Visión de grupo	147
Capítulo 80. Bendita angustia	149
Capítulo 81. Alleluia	151

PRESENTACIÓN

Siento rubor, casi invencible, al tener que prologar estas páginas. Como si temiera descentrar algo, desorbitar la atención del lector. El autor ha querido arrinconarse en el anonimato. A imitación de aquellos pintores medievales que se retrataban de espaldas y arrodillados ante el Misterio al que acababan de dar vida. El libro quedará, pues, anónimo: como las grandes catedrales góticas.

Solo me voy a permitir desvelar su tierra. Nació - y vive - en Nicaragua. Estaba en Managua cuando el seísmo conmovió, en vísperas navideñas, los quicios de aquel pueblo. Hombre casado y con hijos, trabaja, como ingeniero en una empresa, donde se esfuerza para que los pobres puedan llamarlo amigo. Su cristianismo se hizo consciente, hace unos siete años, en un Cursillo de Cristiandad, desde entonces va peregrinando cada día hacia Dios. Con Él platica en cada página de este libro. Le informa sobre sus inquietudes, le cuenta sus vivencias, le consulta sus enigmas y se va adentrando en sus misterios. Creo que quien tenga los ojos limpios sentirá a Dios más a su lado, a medida que vaya avanzando en una lectura sosegada, reflexiva.

Porque todo el libro es un coloquio con Aquél que lo motivó. “Esta Agenda - escribiré alguna vez - es la historia de mi caminar Contigo”. Es una agenda de viaje: la agenda trascendente de un viaje que desemboca en la Eternidad. Tal vez más que “agenda” le resulta un “acta”. El futuro de la etimología se le hace pasado en la vida. Porque este hombre escribe retazos de su vida: más que retazos de su vida, estas páginas son la transcripción leal de las impresiones y reacciones que suscitan en el autor esos pequeños detalles y minucias que pasan inadvertidos a quienes no saben captar, como los místicos, el mensaje de las cosas y los casos que entretejen la urdimbre de nuestra existencia. El mensaje de los hombres - todo el libro despide humanismo - con quienes nos tropezamos cada tarde. El mensaje de todo aquello que Dios coloca en nuestro camino para que nos marque, según diría San Buenaventura, nuestro itinerario hacia Él. Todo nos lo descubre; todo nos lo revela - descorre el velo con que, en una eucaristía constante, se oculta a los ojos -, a fin de que los limpios lo adivinen, ¡Sigue vigente la Bienaventuranza evangélica!

El autor es prototipo de los limpios que ven a Dios. "Agenda" es la transcripción de sus conversaciones con el Señor, medida que va caminando por la vida. Ve a Dios cuando mira al cielo y cuando tiene que orillar el cieno; cuando se enfrasca en "negocios" de sus estructuras temporales, y cuando se deleita en el "ocio" de su contemplación eucarística; cuando se integra en la nota trágica de un dolor humano y cuando se incorpora al coro del Alleluia, que cierra su última página, como si fuera un trozo de "Marcha triunfal", que Rubén Darío - el poeta de la tierra - hubiera versificado para los peregrinos que avanzan hacia la Casa del Padre.

Todo le lleva hacia Dios. Como a José, el Artesano de Nazareth, para quien eran escala de contemplación la garlopa y el martillo. Sin embrago, toda la vida de los hombres - toda la realidad temporal - queda incrustada en esa contemplación. No son páginas desencarnadas de rigor y vigor humano. Entre todos los pucheros de Teresa de Ávila anda Dios.

Por eso el tema y el tono de una página dista tanto del tono y el tema de la siguiente. Los distintos títulos no están clasificados por categorías filosóficas o tesis teológicas. Ni siquiera por jerarquía de valores o intensidad de colorido. Ni por orden metódico o sistemático. Las impresiones surgen caprichosamente, según se viven. Y echan a volar, como los pájaros.

No es extraño que todas las vivencias están impregnadas de espontaneidad. De simplicidad. De naturalidad. Sin forzar nada. Sin esforzarse lo más mínimo. En un golpe de humildad, el autor escribe como para sus adentros: "Yo no sé escribir. No aprendí a escribir. No escribo deliberadamente..." Sus bocetos son como ojos de agua que brotan, casi sin intentarlo, del manantial de una riquísima vida interior. Él no contaba con que algún amigo indiscreto tuviera la ocurrencia de hacer llegar sus curtillas a la linotipia de cualquier imprenta, al otro lado del mar.

Tal vez ésta es la causa del ahorro de citas. No las hay. Pudiera haberlas; sería fácil buscarlas; se transparentan en cualquier rincón evangélico, ya que Evangelio es lo que pulula a lo largo y a lo ancho de la geometría de cada página. El autor ha querido que todo fuera sencillo, esquemático, claro. Sabe que el árbol es tanto más fuerte

cuanto más recortada es su fronda. Sabe que el amor se profundiza con raíces de abnegación.

A veces resulta aserrado y brusco, como el admirarse del “Líder Sindical”; otras es desnudo y agresivo, a manera de látigo, al hablar de una “Teología” que puede “tener seco el corazón”; a horas se vuelve suave y tierno si describe las campanitas del canto de las Monjas de la Asunción la noche de “Navidad”; a ratos tiene arrebatos de inspiración, a caballo entre la poesía y la mística, dejando traslucir aquel soplo divino que, al decir del clásico, nutre el pecho de los vates; en unas páginas es realista y casi triste, como quien hubiera buceado en el mar de los desengaños; en otras se vuelve humano y exaltado al dolerle la “ausencia” de la mujer amada, y más allá se enreda en la sutileza de los éxtasis del autor de la “Noche oscura”. Pero siempre, en cada rincón, hay un punto de luz de esperanza, un rescoldo de amor, una ofrenda al hermano, un canto de adoración al Señor, a veces expresando en la lengua vivaz de la calle.

Utiliza un léxico rico, vasto, a veces abrupto, con sus vocablos de andar por casa, con los idiotismos de su tierra nicaragüense: un castellano anchurado por la geografía lejana, que hemos hecho más próximo colocando, a pie de página, la equivalencia de aquellas palabras que pudieran resultar menos fáciles a las gentes de nuestros meridianos. No he querido tomar un ápice; no he querido profanar el carisma que se trasluce de todo el libro. Para mí es como un pequeño tesoro - pequeño porque son breves sus páginas - que hay que sacar, un rato cada día del estante vecino para leer un capítulo - sólo uno - que nos ayude a saciar el hambre que, sin saberlo, tenemos de Dios.

Pienso que el autor pudiera haber escrito más y más cuadrados. Quedo esperándolos. La abundancia del corazón mueve el bolígrafo y las teclas de la maquinilla en que escribió. No pinta el paisaje; solo lo bosqueja, para que cada uno, a nuestra medida y según el propio don, podamos hacerlos vida.

Y todos - cada uno por su camino -, llevando por compañero a Cristo, desemboquemos en la comunidad de los hermanos, más cerca de Dios.

Madrid, abril de 1973.

S.G.

POR QUE

Estas páginas no llevan firma porque no fueron escritas para ser propiedad de nadie.

Nacieron como plantas, hijas de las semillas del Dulce Sembrador.

Y sus espigas están aquí, para ser arrancadas, desgranadas, comidas por los viajeros del gran camino, que viene de la Casa del Padre y vuelve a ella.

Para mí estas páginas están vivas. Palpitan con la vida de mi Señor, las de mis hermanos, la mía.

Por eso nadie puede firmarlas; por eso son tuyas, hermano mío que las lees, viajero del gran camino.

UMBRAL

Este no es un libro, es una agenda de viaje, de ese viaje que se llama vida.

Cada hombre, en su peregrinar, va teniendo la fortuna de encontrar al Señor - peregrino incansable - en los seres y en las cosas.

Si lo ama, si se va enamorando cada vez más del Señor de todas las Gracias, va acompasando su paso al de Él, y gozando con Él del buen caminar de Nuestro Señor.

Por eso esta agenda no tiene orden preconcebido, y este prólogo no se llama prólogo, sino umbral, porque empieza en cierto momento de pausa en que encontré sentado, en un paraje sombreado, junto a la fuente fresca del agua viva, al Rey de las Aguas Eternas.

Me sonrió, y me quedé. Me dio de su agua, y bebí.

Después me invitó a partir, y salimos al camino. A su Camino, que también era Él.

Un camino mágico, transitado por gente que también es Él.

Bordeado por flores, por árboles musgosos, en que también está Él. Y su presencia lo llena todo, como el sol en verano, como el polvo impalpable, como el mar cuando sube la marea.

Él desapareció cuando salimos del rincón umbroso de la fuente fresca.

Pero su rostro está en todos los rostros; Su perfume está en todas las flores; Su savia está en todos los árboles. Y voy por Su camino, viéndolo en los rostros, aspirándolo en los perfumes, y presintiéndolo en la savia.

Cada vez que lo reconozco, salta de gozo mi corazón, y voy llenando mi agenda de estampas y letanías a Nuestro Señor del Buen Viaje.

PARTE I

1968 – 1969

CAPÍTULO 1.- EL NIÑO

Las finezas de Dios son maravillosas de maravillas.

Él se manifiesta dentro de nosotros mismos con verdaderos saltos de gozo.

Aún en medio de la furia vertiginosa con que ahora quemamos la vida, el Señor encuentra momentos para decirnos: Estoy aquí, dentro de ti. Y nos muestra - gozosamente, ingenuamente - alguno de sus piedras preciosas, de sus flores raras, ricas en luz, color y aroma.

Recordaré toda mi vida estas finezas del Amigo, y las iré engarzando en el oro fino del amor agradecido, para irle ofreciendo mis acciones de gracias por tomarme en cuenta, por hacerme sentir a cada momento que lo llevo, y que Él vive en mí, y desde mi ser contempla, ama y goza de su creación.

Ayer corría en mi automóvil a una gestión prosaica - de esas de metros cuadrados y tantos por ciento - cuando se produjo frente a un parque una congestión de tránsito, que me detuvo en mi carrera, y me obligó a mirar a mi alrededor. Entonces vi a un niño de unos siete años, que estaba parado en la acera del parque, y no pude menos de detener la mirada en él.

Tenía una expresión de felicidad radiante, que lo desbordaba. Materialmente fluía de él como un pequeño manantial. Era una felicidad humilde, callada, con la humildad y el silencio del agua, pero también con su diáfana luminosidad.

Me puse a pensar por qué estaría tan contento, y vi que llevaba pantalón y camisa blancos, pero no de cualquier blanco, sino de un blanco inmaculado; estaban lavados y planchados con amor.

El chaval indudablemente tenía una madre amante, una madre buena, con manos de encajera de Mechelen, como hubiera dicho el P. Azarías Pallais. Ella lo manejaba nítido, con nitidez eucarística. Este pensamiento me llevó a la idea de lo que significaban el pantalón y la camisa blancos, en un niño humilde, que hacía poco había hecho su Primera Comunión.

Y entonces comprendí, a raudales, no sólo la dicha del niño, sino los saltos de gozo del Señor en mi pecho.

Comprendí la fineza del Señor de las Ternuras Divinas que, en su júbilo de Padre al ver al niño, no pudo quedarse quieto, exultó de alegría, y me hizo partícipe de ella con el mismo gesto natural y generoso, al ver un manantial en la montaña, un pino erguido, un jazmín florecido y fragante.

Así es mi Dios, mi Señor del Júbilo, y así voy descubriendo sus finezas y desgranando sus letanías.

Después, cuando terminó la congestión del tránsito, el Señor y yo, que desde el Tabor sabíamos que no podíamos plantar tiendas en ese parque, nos fuimos, nos sumergimos en la vorágine roja, verde y amarilla de los carros¹ yankees y japoneses, pero estábamos más identificados que antes, a pesar de la vorágine roja, verde y amarilla de los carros yankees y japoneses.

¹ Coches

CAPÍTULO 2.- LA FIRMA

Yo soy lo que ahora llaman “un hombre de negocios”.

Vivo de los negocios. Nado en los negocios, como un pez de cola larga en pecera.

Sé hacerlos; nadie me engaña; gano siempre.

Ayer me pidió la firma un hombre. Mi firma vale. Se cotiza.

Yo se la di. Mejor dicho se la cambié. Él no es un “hombre de negocios”. Pensaba no pagar. Pensaba llevarse mi dinero y no pagar.

Y se llevó mi firma y mi dinero, pero pagó por adelantado. El no sabía, pero yo sí. Se llevó mal dinero, córdobas¹ devaluados.

Y me dejó una sonrisa de Dios.

¿Cuánto vale una sonrisa del Señor de la Felicidad Profunda?

Buen negocio ayer. Buen balance en el “Haber”.

Así es mi Señor de los Cambios Generosos: da mucho por poco.

Al que te quita la capa, dale también la túnica.

Y yo soy un hombre de negocios, ahora lo sé.

¹ La moneda Nacional en Nicaragua.

CAPÍTULO 3.- EL SACRIFICIO DE ABRAHAM

Me avisaron que hoy traían el cadáver, y fui a la vela.

El cadáver era de un muchacho, y su padre es mi amigo. Dos veces mi amigo, mil veces mi amigo.

Juntos caminamos por los senderos de Galilea, en pos del Maestro de las palabras de vida eterna.

Tenía los ojos llorosos, pero felices. Y me extrañó. Tardó en verme. Estaba viendo otra cosa, allá arriba. Después me abrazó, sin histerismo; se sentó a mi lado, y empezó a fluir, a rebosar.

Me contó de la larga agonía de su hijo. Sin amargura, con dolor manso. Yo pensé: raro en este hombre, nervioso y duro.

Pero llegamos. Llegamos juntos, a través del relato, a través del dolor compartido, al momento en que ofreció la agonía de su hijo, su muerte, por la salvación de la humanidad.

Y entendía por qué tenía los ojos llorosos, pero felices.

Llegué a mi casa raro, como traspasado de luz. Había entendido a Abraham. Y cuando me di cuenta, yo también tenía los ojos llorosos, pero felices.

CAPÍTULO 4.- LA MAQUINA

He comprado una máquina.

Una máquina grande, fuerte, moderna, hermosa. Es una máquina de alta producción, y fue creada por hombres inteligentes en uno de los países más bellos que Dios ha hecho: Italia.

Estaba expuesta en la Francia donde la compré. Expuesta en su noble desnudez de acero. Pero su pequeño cerebro eléctrico no se ve. Allí radica su poder de producir cosas buenas y útiles. No hay maldad en él. Pero es poderoso. Puede ser malinterpretado por los hombres de arriba y por los hombres de abajo.

¡Señor, que los hombres que manejen esta máquina, no sean sus esclavos, que no la odien, y que no odien a través de ella a los que la poseen!

¡Señor, que los hombres que la posean, no la usen jamás como instrumento de su poder, como látigo de cómitre; que no aplasten con ella a sus hermanos! ¡Qué no usen las cosas buenas, las cosas santas que su trabajo producirá, para avasallar, para ofenderte en tus hijos!

¡Señor, que esta máquina sea instrumento de tu paz, pan del obrero que oprima sus botones, estabilidad de la Empresa de que tantos viven, puente de amor, satisfacción de necesidades!

¡Decano de los técnicos, te ofrezco esta máquina; opérala con tu Voluntad, y úsala en la construcción de tu Reino!

CAPÍTULO 5.- EL SUAVE CASTIGO

Señor, voy a verte.

Ha terminado mi día de trabajo, de cifras, de máquinas, de leyes, de impuestos y de conversaciones a larga distancia.

Tú lo hiciste dulce, porque te lo ofrecí. A pesar de que lo inicié mal. Me enfurecí, Señor, por una miseria.

Pero Tú me estabas esperando en el espejo.

Cuando fui a afeitarme, vi tu rostro distorsionado por mi ira, y comprendí lo que Te estaba haciendo, y lo que Tú me estabas enseñando, Maestro sensato.

Estoy más arrepentido porque me abrumaste hoy. Todo me salió bien. Todos mis hermanos fueron bondadosos conmigo. Gran despliegue de los métodos del Señor de los Suaves Castigos.

Aprendí mi lección hoy Señor, y voy a verte. Voy a tu banquete con mis hermanos; estaremos felices en tu casa, y Tú sonriendo en todos.

No permitas, Señor, que empiece mal otro día. No porque resienta tu modo de castigar, sino porque me dolió el rostro que yo te había dado, el que vi en el espejo al afeitarme.

Pienso que sería bueno regalar un espejo de afeitarse a cada hermano iracundo que vea por ahí.

CAPÍTULO 6.- EL NECIO

Hablaba en público un necio.

Sus palabras eran huecas, tontas, desafinadas, deshilvanadas, como era natural: él era un necio.

Pero hablaba de Tí, Señor, y el necio te amaba.

Y sucedió. Sucedió que mientras él graznaba. Tú empezaste a fluir por sus ojos, por su cuerpo, por cada poro de su piel.

Y resultó que sus ojos, su rostro, su cuerpo, sus poros eran tan bellos. Te retrataban tan claramente, que le encontré sentido a sus graznidos, y el pato aquél fue cisne mientras habló de Tí.

Y te esmeraste. Cuando terminó, la gente no sabía lo que había dicho, pero te había visto en él; te había reconocido, y amaba a aquel orador desdichado.

CAPÍTULO 7.- EL PERIÓDICO

Leí el periódico. Terribles papeles los periódicos, Señor.

Tú estabas en mi pecho y yo sentí tu dolor frente a lo que decía el periódico. Decía que nuestro país, según el Presidente, está en bancarrota; que viene más miseria para nuestros hermanos pobres.

Decía también que en nuestro hospital la vida de un hombre vale dos córdobas. ¡Barata se cotiza tu sangre en Nicaragua! Decía de los que fuman marihuana, y de los que asaltan, metralleta en mano.

Decía de accidentes mortales, provocados por el alcohol, de madres afligidas, de hombres asesinados, de niños hambrientos. Noche oscura en Nicaragua, Señor.

Tú estabas en mi pecho, yo sentí tu dolor, y aún lo siento. Señor, que haya una aurora en mi país, porque no es justo todo esto. Y duele demasiado.

Cuando Tú estás en mí, y tu corazón se angustia, no puedo soportarlo. No puedes exigirme que un pecho humano pueda sufrir el dolor de Dios.

Que haya una aurora en mi país, Señor de la Alborada; que haya una aurora en que resuciten todos, mis hermanos pobres, mis hermanos enfermos, mis hermanos marihuanos y mis hermanos asaltantes.

En que resuciten los borrachos muertos en accidentes, las madres afligidas, los hombres asesinados y los niños hambrientos.

Una aurora en que se abracen los cabos y los guardias rasos con los presos de la Casa de Piedra¹. Una aurora en que todos tengan tu rostro, y sonrían con tu sonrisa, y amen con tu amor. Una aurora en que yo pueda aportar mi lucecita, hija de tu luz. Y que sea pronto, Señor; acuérdate que mi pecho es humano, demasiado débil para soportar el dolor de Dios.

¹ Celda de triste celebridad, donde han sufrido cárcel muchos presos políticos de Nicaragua.

CAPÍTULO 8.- EL SALVADOREÑO

Vino mi amigo de San Salvador.

Hombre de negocios. Hombre de técnica. Sabe de porcentajes y de anillos de Kekulé. De interés compuesto y de polipropileno.

Es de hoy. No piensa en libélulas vagas ni en romanos y cartagineses. Sabe de máquinas y de ganancias. Impresiona; es sólido.

Empezamos a hablar; comentamos negocios; pero me di cuenta de que él no venía a eso. Y vi. Vi que tenía un gran hueco. Quería llenarlo. En un momento dado parece que Te vio. Te vio en mí.

Habló y habló. Te contó sus problemas. Es esposo y padre. Tiene problemas de control de natalidad, y piensa en el futuro de sus hijos, en un mundo sicodélico, lleno de maldad. Prostitutas, dinero, invertidos, poder, droga, comunistas y beattles.

Fíjate que Te digo: Te contó. Porque conmigo no hablaba. Hablaba contigo a través de mí.

Ese hombre Te ama, Señor, y no lo sabe bien. Él quiere hallarte, y no sabe qué busca. Lo curioso es que se resiste cuando se le habla de Ti.

Y Tú lo amas. Lo hiciste venir, lo hiciste hablar, le haces buscarte. Le hablaste por mi boca, Señor, pero no es suficiente. Es estrecha mi boca, Señor, para tu Palabra. Que Te encuentre, Señor. Llámalo y llénalo de tu Luz.

Si te estorbo, apártame, pero llévalo a Ti. ¡ Te ama y no Te encuentra. Hazte el encontradizo, y deja que Te vea.

Ábrele los ojos y los oídos. Señor de los Milagros. Y sé que lo harás.

Yo quiero que lo hagas, y sé que eres Tú en mí el que quiere hacerlo.

CAPÍTULO 9.- EL TRABAJO

Es curiosa tu compañía, Señor.

Está uno en el tráfago del día, en el trabajo, entre el ruido de las máquinas y de las herramientas, que el hombre ha ido perfeccionado con su talento.

En medio del tableteo de los negocios, que a veces es más peligroso que el de las ametralladoras.

Yo he acompañado muchos entierros de amigos míos muertos en los negocios, asesinados por los negocios, en tiempos de paz, cuando las ametralladoras duermen en sus cuevas caqui o verde oliva.

Inmerso en ese ruido, cree uno que Te has ido buscando lugares silenciosos, quietos, pero de repente sé que estás allí.

Y no eres extranjero en ese medio. También vives en él. Yo he percibido el perfume de tu manto en la oficina y en la fábrica. Gustas de acompañar al que trabaja. Y sabes estar callado, para no interrumpir; por eso uno cree que estás ausente. Pero allí estás, dando un sentido nuevo a lo que uno hace.

No en balde Te pasaste años trabajando en compañía del Santo Obrero, dándole sentido de eternidad a la obra de sus manos. Me imagino que, de cuando en cuando, detenían los dos la garlopa o el serrucho; se miraban; se sonreían, y volvían al trabajo con una gran paz en el alma.

Señor, tengo ganas de ponerte un escritorio al lado del mío. Señor del Trabajo, con escritorio o sin él, ilumina mi labor con tu sonrisa. Haz que sea útil y que no perjudique a nadie. Haz que sea un árbol florecido y pleno de frutos. Que no tenga espinas. Y que mi sombra sea alivio para el viajero, sin peligros ocultos. Que sea sombra de mango¹, y no de chilamate².

¹ Mango es un árbol tropical de sombra frondosa, originario de la India.

² Chilamate es un árbol, de nombre azteca, cuya sombra es tan fría que, según tradición, enferma a quienes se refugian bajo sus ramas.

CAPÍTULO 10.- LAS MANOS DE MI MUJER

Miraba las manos de mi mujer, y pensaba.

Pensaba en las maravillas del Señor, que hace manos de esas. Diminutas, blancas, finas. Podría uno creer que son bellas fragilidades inútiles.

Pero no es así, sus obras son completas.

Las pequeñas manos magas que ahuyentan mis angustias con sus caricias aladas, saben también aderezar primores de comidas, regalos del olfato y el paladar.

Saben cultivar rosas, y saben dar al pobre, sin que la pequeña mano izquierda sepa lo que dio la generosa y leve derecha. Y saben cambiar, curar ombligos de hijos recién nacidos.

Amo las manos de mi mujer. Señor, gracias por dárme las.

Gracias por rodearme de cosas tan bellas.

Las manos diminutas de mi mujer. Los ojos luminosos y alegres de mis hijas. La fuerza, la talla y el talento de mi hijo. La bondad infinita de mi madre.

Y todo iluminado, caldeado, perfumado por tu Presencia plena.

Gracias, Señor, por ellos, por mi trabajo, por mis hermanos, por mis obreros y mis empleados; por el mundo, Señor, que es tuyo, y que es mío porque es tuyo.

CAPÍTULO 11 .- MIS HERMANOS APÓSTOLES

Mis hermanos apóstoles trabajan.

Ellos van al Rama, a Carazo, a Estelí, a León y a Chinandega¹, a sembrar tu palabra y a regarla con amor, para que fructifique.

Mientras, yo me quedo en Managua, escribiendo cosas tuyas, Señor, dulces y maravillosas gemas tuyas que me vas enseñando.

Sin previo aviso sacas una, la guardas un momento en tu mano, despertando mi curiosidad, jugando un poco conmigo.

Luego las frotas en tu manga, y me la enseñas sonriendo, sujetándola entre el índice y el pulgar.

Allí brilla enorme, luminosa, iridiscente y única, desnuda ante mi asombro.

Y tú sonríes. Y yo ya no sé si debo seguirme mostrando asombrado ante el diamante que me enseñas, o si debo decirte la verdad. Me gusta más tu sonrisa, Señor.

A veces pienso que debería irme con mis hermanos apóstoles, encendido en tu fuego, como ellos, al Rama, a Carazo, a Estelí, a León y a Chinandega.

Pero no sé, Señor de la Sonrisa, si eso es lo que Tú quieres, o si prefieres jugar un poco conmigo en las calles de Managua, en mi oficina, sin que vaya lejos.

Y que escriba tus cosas, para que otros gocen, para que admiren también tus gemas, para que vivan en tu sonrisa la verdadera felicidad, y se conviertan en médicos del corazón del mundo.

Yo no sé tampoco si ahora quieres las cosas de este modo, y mañana las querrás de otro, pero de cualquier manera que las quieras, sonríe, Señor, y para mí serán bellas y bienvenidas.

Hágase tu voluntad en la tierra como el cielo.

¹ Distintas poblaciones de Nicaragua.

CAPÍTULO 12.- LA CARCEL

Íbamos presos.

Habíamos cometido desacato al querer un poco de libertad para pensar y trabajar. Un poco de libertad para construir mejor nuestro país.

Nos llevaron a la Casa de Piedra. Fétida cárcel. Doscientos presos en un galerón de nueve varas por quince.

Y había variedad.

Guardias presos, ladrones presos, tísicos presos, locos presos, comunistas presos, comerciantes presos. Y nosotros, los tontos, presos también.

Estábamos sedientos, y había una llave de agua. Pero muy baja. Para beber directo a la boca, había que arrastrarse en el suelo de la letrina, sobre los salivazos y los orines...

Y allí surgió tu bondad.

Llegaste en un Cabo, que tenía la cara cruzada por una cicatriz de machetazo. Un Cabo con edad suficiente para haber peleado con los sandinistas¹ en la montaña.

Llegó con una lata vacía de avena. Y nos dijo: Tomen, para que puedan beber agua.

Percibió nuestro gesto de asco ante el utensilio carcelario. No sabíamos cuántos tuberculosos habrían bebido antes en ella.

No dijimos nada. Pero él se dio cuenta, y agregó: Está nueva.

Dos palabras nada más, pero ¡qué humanas, que buenas!

¹ Partidarios de Sandino, guerrillero nicaragüense, asesinado en 1936. Se le considera uno de los inventores de la guerra de guerrillas.

Tú estabas allí, Señor, en la cárcel hedionda, en el alma del Cabo, que fue un guerreo valiente. A ningún cobarde lo hieren en la cara con machete.

Tú fuiste, como siempre, mejor que nosotros. ¡A Ti no te dio asco! Te metiste en su alma usada de Cabo, de guerrero convertido en carcelero, vertiste bondad tuya por su boca y por sus manos.

Bendito seas, Señor de los Presos, Señor de los Cabos, que mitigas la sed con delicadeza, dando el agua en tarro de avena nuevo.

CAPÍTULO 13.- LOS LOCOS DE DIOS

Yo conozco algunos de tus locos, Señor.

Conocí a Azarías, que ya está contigo, cuando iba regando sus rosas y sus centifolias por los caminos de Nicaragua.

¿Cómo no lo iban a ver como loco, si regalaba a un pobre sus pantalones, y caminaba, vestido de musgo, con Santa Isabel de Hungría y San Francisco de Asís, por los senderos de la montaña segoviana?

Conozco a Ernesto, profeta barbado, portavoz de tus profundidades, loco de Ti y de tu santa agricultura en Solentiname¹, su mágico archipiélago de leyenda, adonde llegaron los cisnes de Rubén para tirar del bote que lo lleve a tu eternidad.

Tu otro loco, Angelito, que va por el mundo lleno de tu Presencia, cantándote, quemándose en tu gozo. Angelito no tendrá cisnes cuando muera. ¿Para qué, si no va a quedar nada de su cuerpo? Será un poquito de ceniza cuando haya ardido completamente en tu Gozo.

El loco Pablo - el del pensar hondo y el ojo alerta - que escribe a máquina y sabe de tus sonrisas y tus santas iras.

Tu loca Odile, que no puede andar, pero que comunica tu fuego alegremente a los hermanos enfermos, y a los sanos también. Que desgrana su risa de eternidad como un bálsamo sobre el dolor de otros, sin acordarse del que atenaza su pobre entraña humana.

Yo, que ya estoy viejo, veo y comparo.

Comparo con los otros locos, los que no son tuyos, los que inventaron las hipotecas sangrantes, los intereses ahogadores las celdas chiquitas donde los hombres mueren, y la Chimichú², que hace gritar a los valientes.

¹ Archipiélago dentro del lago de Nicaragua, donde vive el sacerdote – poeta Ernesto Cardenal.

² Máquina de tortura que emite descargas eléctricas de alto voltaje.

Comparo con los cuerdos, que se divierten bajando champagne de Francia y comiendo pavos de Miami y paté del Perigord en sus cuerdas fiestas, mientras Lázaro Nica agoniza de hambre a la puerta de sus mansiones, y es tan loco que no se le ocurre asaltarlas, y a lo mejor los bendice, si le dan unas sobras de pavo.

Comparo con el cuerdo muchacho que no Te hace caso aunque Te desgañites llamándolo, porque no quiere dejar su convertible, ni sus lindas muñecas de minifalda, ni su botella de güisqui, ni su cápsula de LSD.

Comparo con el cuerdo obrero, que odia, y que sueña con saqueos, y con que el patrón le lustre los zapatos con la lengua.

Me quedo con tus locos cien mil veces, y mientras más comparo, más veces me quedo con ellos.

¡Señor, permite que sea uno de tus locos, y que vaya por los caminos derramando las rosas de Azarías, mitigando hambre con los productos de la santa agricultura de Ernesto, ardiendo en el gozo de Angelito, y pensando profundo como Pablo!

¡Que pueda ir por tus caminos, aunque esté inmóvil como la Niña Odile!

¡No dejes que sea cuerdo, Señor de la Dulce Locura!

CAPÍTULO 14.- LA TEOLOGIA

No sé nada de Teología.

Y debo confesar la verdad: hasta la palabra me desconcierta¹.

Porque un tratado sobre Dios no cabría en la tierra. Sería inmenso, infinito.

Si vieras, Señor, yo tengo mis dudas y mis preguntas:

- ¿Cómo se llamaba la Teología en tus tiempos?
- ¿Serían expertos en esa ciencia los que Te juzgaron?
- ¿Sabrían tanto de Dios que ya no podían reconocer a su Hijo?

Yo he conocido a algunos muy sabios en Teología. Y ¿sabes, Señor? ¡Tenían seco el corazón!

Me da miedo; es una ciencia rara y cruel. A veces hasta deja ciegos y sordos a los hombres. No ven ya el dolor de sus hermanos; no oyen sus lamentos. Pasan demasiado ocupados, midiéndose, auscultándose, y haciéndote análisis despiadados.

No sé Señor; yo soy muy ignorante, pero no me gusta la Teología. Ya ha arruinado a demasiados sacerdotes tuyos, que eran buenos, pero prefirieron hacerse sabios, y acabaron tomándole medidas a la eternidad, mientras Tú, solo y triste, hacías su trabajo de Pastores. Y hasta creen que Te han medido dos veces, en la Teología antigua, y en lo que pomposamente llaman la nueva Teología. Insensatos, no pueden medir una sola de tus nubes, ni razonar una flor, ni analizar el impulso vital de un pájaro, y, se atreven a poner su sucia cinta de sastrecillos pigmeos sobre la inmensidad de tus magnificencias.

¹ Es evidente la intencionalidad del autor. Él acepta y admira al teólogo según lo describe Olegario González de Cardenal: “El teólogo no es sino un cristiano a quien, ante todo, preocupa el seguimiento de Cristo, y a ese seguimiento fiel, mostrándolo teóricamente, coherente e históricamente posible, tanto para sí como los demás, ordena toda su reflexión”. Lo que el autor no acepta es el teologismo abstracto, que sitúa la fe en el terreno de la elucubración, desvinculándola de la vida y recreándose más en el planteamiento que en el contenido” (N. Del P.).

¡ Y Tú, que creíste dejar clara tu Palabra en tus parábolas sencillas y profundas, al nivel del cerebro de los hombres simples, de los hombres puros!

Pero ellos complicaron todo, y lo más grave es que se complicaron ellos.

Ten piedad de los teólogos. Limpia de telarañas sus ojos y sus oídos. Enséñales a verte y a amarte en sus hermanos; enséñales a ser simples y puros como tus Apóstoles de Galilea.

¡Y a nosotros, los ignorantes, de su Teología - vieja, nueva o supernueva - líbranos, Señor!

CAPÍTULO 15.- EL GERENTE GENERAL

Hoy tenía una cita con un hombre importante: un Gerente General. En nuestro mundo actual un Gerente General es algo muy serio y muy grande. Había una sala de espera para cualquiera. Hasta allí podían llegar los pobres.

Yo quise entrar a lo que creía que era la oficina del Gerente. Me detuvo un portero, y me señaló el escritorio de Información. Bonita muchacha la de Información. Telefoneó. Salió la Secretaria del Gerente. Bonita también.

Me hizo pasar a la sala de espera privada del Gerente. Él no estaba. Mientras lo espero, pienso. Pienso que las empresas no son casas abiertas, y me pregunto: si Tú vinieras a ver al Gerente General, ¿te detendría el portero? Yo creo que sí.

Tal vez no pasarías de Información. Quizá podrías hablar con la primera muchacha bonita. ¿Saldría a recibirte la Secretaria del Gerente? Lo probable es que no, porque Tú no tienes cita.

No creo que pudieras llegar a hablar con el Gerente General. Con sólo que te vieran tus sandalias sucias, no Te dejarían entrar a la oficina alfombrada. ¡Señor, qué difícil es que Tú puedas hablarles a los Gerentes de nuestras empresas! ¿Será por eso que se les endurece el corazón? Da miedo ser Gerente General.

Por eso yo no quiero tener escritorio de Información ni oficina alfombrada. Cuando quieras entrar en la mía, pasa, Señor de las Sucias Sandalias; entra como en tu casa, y háblame todo lo que quieras, para que no se me endurezca el corazón. ¡No Te correrá ningún portero ni ninguna muchacha bonita!

CAPÍTULO 16.- MI AMIGO

Vino a verme un amigo. Amigo de verdad, a quien yo quiero. Lo quiero por bueno, por generoso y grande, por cristiano sincero, por idealista sano, y - más que nada - por sobre todo, simple y sencillamente porque lo quiero. Entró con una carga - carga terrible de angustias de Dios - pesada, insoportable, pendiente de dos duras correas, que sujetaban con bandas graves su frente y su corazón.

Vino a mí confiadamente, gimiendo bajo el peso de su carga, y con la esperanza, fundada en la amistad, de que quién sabe cómo iba a aliviarlo. Tal sólo esperaba que mi mano le refrescara la frente sudorosa, que mi palabra le aquietara el corazón. Tal vez le hubiera bastado con que hiciera ademán de aflojar las duras coreas.

Pero no hice nada de eso. Yo estaba ocupado. Me agitaba ansioso en complicados asuntos de dinero y de técnica. Le volví las espadas sin darle consuelo, sin brindarle el alivio que esperaba, sin aflojar las correas de su carga. Ni siquiera me detuve a mirarlo. Se fue triste. Y no me di cuenta de que Tú venías con él. Venías también a verme, y esperabas de mí quién sabe qué. ¡Y Te fuiste con él, también cargado con tu carga, y también triste!

Por eso el día de hoy he estado solo, y cuando fui a verte a tu casa por la tarde, no encontré qué decirte, y Tú tampoco me dijiste nada.

¡Perdóname, Señor, te equivocaste hoy conmigo! Creíste que era oro, y frotaste muy fuerte. ¡Salió el cobre de adentro! Dejé tu mano, y me caí, como los niños malos, como los niños tontos, audaces, creídos y débiles.

¡Ayúdame esta noche, Señor; dame tu mano, y amanezcamos juntos; corramos a casa de mi hermano, a confrontarlo en sus afanes, a pasar nuestras manos por su frente, a aflojar las correas de su carga!

¡Ten paciencia, Señor, y, poco a poco, ve convirtiendo en oro este mi cobre!

CAPÍTULO 17.- LOS OJOS DEL NIÑO

Era un sacerdote alemán, con ojos de niño. Cogió el cheque con manos trémulas. Sacó una cartera gorda de papeles, sin dinero, aplastada de andarla en la bolsa de atrás del pantalón.

Metió el cheque cuidadosamente, casi amorosamente, y guardó su cartera. Pero no era un avaro. Yo le estaba viendo los ojos, porque eran ventanas de su pensamiento. Danzaban esos pensamientos alegres en sus ojos, mientras ubicaba cada centavo. Y eran varios miles de centavos. Estaba disponiendo en orden las necesidades que iba a remediar. Necesidades de niños.

De pronto los ojos se le pusieron fríos y acerados. Yo creía que cruzaba un mal pensamiento por su ventana. Yo era el mal pensado. Él estaba contando varillas de hierro, para edificar, para cobijar muchachos. Veía tornos y taladros, para enseñarles a trabajar. Por eso su mirada era acerada. Después dio las gracias en carrera, y se fue. Se fue a darle forma de cruz, de copón, de alas, a los centavos, para amparar a sus muchachos. Yo me quedé pensando qué bueno es recibir para poder dar. Y sentía la rara voluptuosidad del don.

No pude evitar una sonrisa astuta. Estaba recordando la parábola del mal administrador. Yo estaba haciendo amigos en el cielo con el dinero de la iniquidad.

Vino el sacerdote italiano. Sonriente, delicado. Y vi que también tenía ojos de niño. Volví a asistir al desfile de pensamientos en las ventanas de sus ojos. Volví a presenciar la felicidad del amparador, del cobijador. Se fue pronto; también tenía urgencia de transformar un montoncito de centavos.

Señor, ¿por qué todos tus sacerdotes buenos tienen ojos de niño? ¿Es que para verte es necesario tener ojos de niño? Si es así, todo el dinero de la iniquidad del mundo no bastaría para comprar esos ojos.

¡Señor, aunque ya no pueda sentir la rara voluptuosidad del don, no me mandes dinero! ¡Regálame en esta Navidad unos ojos de niño para verte! ¡Dame ojos de ventana abierta, de puerta abierta, de zaguán abierto, para que Tú puedas entrar, Señor de los Ojos de Niño!

CAPÍTULO 18.- EL ESCRIBIDOR

Me contaron lo que había dicho.

Que no servían para nada tus locos, Señor, los que viven gustando de tus suaves néctares, los que aspiran ansiosos tus perfumes eternos, los que bañan sus ojos en la luz de tus gemas.

Los que Te ven en todos y en todo. Los que no saben odiar, los que sólo aman, y dan, y dan, y dan.

Él que lo dijo es un batallador, un hallador, un escritor, un odiador. Dijo que todos esos tontos son incapaces de asir una metralleta, y de salir por ahí a matar gente. A toda esa gente a quien él odia.

Y tiene razón el batallador. Ellos no sirven para eso. No sirven para odiar; no sirven para matar; no sirven para violar; no sirven para insultar.

Si esas cosas son todo, es verdad que no sirven para nada. Son seres inútiles. Tiene razón el odiador. Y yo me pregunto: ¿Sirves Tú, Señor, para odiar, para matar, para violar, para insultar? ¿Eres Tú también un ser inútil? ¿Puede el que quiere imitarte, el que quiere vivir tu vida e ir por tu Camino, servir para esas cosas?

En tu Evangelio no encuentro nada de eso. Pero el batallador, el hablador, el escritor, el odiador, dice que eso es todo, y que el que no sirve para eso, no sirve para nada.

Señor, creo que si eso es todo, Tú no sirves para nada, ni tus locos, ni yo, porque Tú, tus locos y yo ni siquiera servimos para odiar al que dijo: Somos tan inútiles que lo amamos.

Pidamos al Padre por él, Señor, para que en medio de sus batallas, de su vocinglería, de sus escritos chorreantes, de sus odios, sienta la mano de Dios en su frente, apagando sus iras, refrescando sus ardores.

¡Pobrecito, Señor; se debe sufrir mucho cuando se odia tanto!

CAPÍTULO 19.-

EL ATEO

Vino a verme mi amigo el ateo. Fresco, feliz en apariencia. Quedó viendo el Cristo de mi oficina, y sonrió despectivamente. Hablamos de negocios. Es exacto, incisivo, capaz. Por eso es rico. Fuimos a almorzar.

Bebimos. Me dijo categóricamente que él no cree en Dios. Que esas eran cosas para pobres diablos como yo. Bebimos más. Me gritó que odiaba a Dios. Que no podía amar a un Dios que le había causado tanto daño. Que era un Dios cruel y repugnante. Su alma sangraba, rugía a borbotones de güisqui y odio a Dios. Yo lo oía, y sufría. Me estremecía contigo, Señor, bajo cada latigazo de su ira.

Estaba viendo su alma abierta en canal, leprosa, infectada y purulenta. ¡Señor, qué horrible es ver un alma infectada! Pero en medio del pus, de la sangre y del güisqui, había fe; estaba tu don peleando con el mal.

De otro modo, ¿quién puede explicar que él Te odie, creyendo que no existes? Yo hubiera querido tener tus manos taumaturgas, para curar sus llagas, y no mis pobres manos toscas. Cúralo, Señor. Esa alma es hermosa y grande, más grande que su lepra.

¡Devuélvele la paz y el amor a mi amigo al ateo!

CAPÍTULO 20.- LOS SONIDOS DEL MUNDO

Hay un mar de sonidos en el mundo. Un tremolar de notas como banderas sonoras. Como en la Navidad. Porque siempre es Navidad en el mundo. Porque hay hombres campanas, hay hombres pitoretas¹.

Jesús nace todos los días. Y los hombres campanas lo celebran tañendo. Campanas bajos, campanas barítonos y campanas tenores. Campanitas sopranos, campanitas triples. Todas tañendo a coro las alabanzas de Nuestro Señor. Con voces llenas, con badajos de hechos, de los hechos buenos de los hombres campanas.

Pero suenan también las pitoretas. Y hacen un ruido atroz. Enormes y roncadas pitoretas como cuernos alpinos. Pitoretas rajadas de estridencias horribles. Y míseros pitillos con pretensiones clarinescas. Suenan bárbaramente las pitoretas, y a veces se oyen más que las campanas. Pero son como las mujeres zambas. No hay que asomárseles por debajo. ¡Pobres pitoretas llenas de clamor de viento, sin badajo de hechos, y hacen tanto ruido que hasta llegan a parecer algo!

Yo creo que en el cielo debe haber un filtro para no dejar pasar el ruido de las pitoretas, y que sólo entre el tañido gozoso de las campanas del Niño Jesús.

¹ Pitoretas: pito de latón, generalmente de forma cónica, de sonido fuerte y desagradable, utilizado en carnavales y fiestas de Año Nuevo.

CAPÍTULO 21.- LA MUERTE DEL JUSTO

Hay fiesta en el cielo. Toca aires de bienvenida los cien mil violines de las mil orquestas de Nuestro Señor.

Cantan himnos de gloria los cien mil cantores de los mil coros de Nuestra Señora. Vírgenes y santos alinean sus galas en la doble fila de las entradas solemnes.

Y Pedro el Pescador, barba y cabello argenteando al sol, abre las dos hojas de la enorme puerta, y sonrío. Espera a alguien que llega. Es que ha muerto Alfonso Reyes. Ha muerto, dicen los hombres.

Al fin vive, dicen Dios y Alfonso. ¡Ahora sí va a vivir como él quería, como vivió siempre por dentro! Lleno de Dios y rebosando amor.

Nosotros, los que queremos, sentimos dejar de verlo por un tiempo, pero nos alegramos de gozo profundo. Lo merecía. Tuvo y cultivó toda su vida la máxima virtud: derramaba favores, y no esperaba agradecimientos. Hasta se excusaba cuando hacía un favor. Era el hombre de las mercedes humildes. Deberíamos ir a enterrarlo con palmas en las manos.

¡Salud, Alfonso, bien ido; nos veremos pronto, y que goces mucho tu fiesta de bienvenida en el cielo!

Saludos al Señor y a la Señora y a todos los amigos con que va a encontrarte.

CAPÍTULO 22.-

TUNEL

No sabía que tenía túneles tu Camino. Fue una sorpresa, y no agradable. Perdí de vista, y todas las cosas se pusieron negras, con negrura de túnel.

Desaparecieron los colores, los aromas, el brillo de tus cosas, y todo se volvió opaco, insípido y negro. Yo no sabía qué era un túnel. Venía saltando, cantando alegre, creyéndome en las huellas de tu Buen Caminar, cuando me metí en la oscuridad. Fueron días malos, negros, salobres.

Pero Tú estabas al final del túnel, y para que no me perdiera en aquel negro total, enviaste un hombre con una lámpara que Tú le encendiste. No es de los tuyos, no viste tus túnicas columbinas; es un hombre alejado de Ti en apariencia, liberal consigo mismo y libertino, hablador y hacedor de lujurias y daños.

¡Y a ése, a ése precisamente, en uno de esos tus actos imprevisibles, le encendiste la lámpara y lo mandaste a sacarme del túnel!

Hablamos largo en una fiesta. Primero nimiedades, luego groserías; después yo no sé ni como, brilló Tu luz en la lámpara de él.

Me habló del concepto profundo de felicidad que él encuentra al servicio a los demás. Del puro placer de servir. Y allí estabas Tú de nuevo. Salí del túnel, conducido por la luz de esa lámpara, y todo tuvo nuevo color, aroma y brillo.

¡Raros instrumentos usas a veces, Señor! ¡Complicados son tus caminos y tu modo de actuar! Haz que nunca menosprecie a tus instrumentos. ¡Y si me meto en otro túnel por mi torpeza, que haya siempre alguien con una lámpara, Señor! Una lámpara que Tú hayas encendido.

CAPÍTULO 23.-

LOS RIOS

El espíritu humano es raro y tenebroso complicado.

Hay momentos, épocas, en que el alma aparece cristalina, en calma, transparente y feliz como un pequeño río en la montaña. Y de repente brota, quién sabe de qué oculta poza sombría, una corriente lodosa, tumultuosa, que empaña toda el agua del arroyo.

Se tranquiliza todo el ser, se sienten angustias raras, sin razón aparente, o con una razón tan deleznable que no corresponde como causa para un efecto tan turbador.

En este caso irregular del río de un alma, hay meandros desconocidos, pozas profundas de fondo cenagosos, alimentados por fuerzas que vienen de más adentro, de negras fuentes ignotas. ¡Cuánto desconocemos de nuestro propio ser! ¡Qué débiles somos, y con qué facilidad descuidamos mantener clausurados con férreas compuertas los accesos de las corrientes cenagosas al río de nuestra vida! Y es difícil saber en qué punto del curso hay sólo una débil barrera, conteniendo un tremendo aluvión de lodo que puede oscurecer el límpido espejear de nuestro cauce.

Sólo Tú conoces, Señor del Saber Total, cuándo hay que correr a reforzar los diques, cuándo hay que tocar a rebato llamando a los hermanos para que acudan con sus saquitos de arena a defender el río, y hasta a desviar su cauce.

¡Haz que pueda, Señor, con la ayuda de mis hermanos, seguir un cauce de lecho rocoso, duro y limpio, sin pozas de cieno! Ayúdame a ayudarles a ellos también, Señor, para que todas nuestras pequeñas corrientes desemboquen límpidas en tu Mar de lecho diamantino, de profundidades luminosas. Ayúdanos a llegar a ese Mar que eres Tú.

A tu Gozo de inmensidades oceánicas, a la comunión de todos los riachuelos en la molecular compenetración de tus aguas eternas.

CAPÍTULO 24.- LAS SEMILLAS NEGRAS

Extraño caso el de mi amigo Juan.

Amigo entrañable, de la infancia. Buenos principios, buena familia. Adoraba a su padre. Lo defendía hasta cuando no lo atacaban.

Un buen muchacho por los cuatro costados. Lo único malo que se le notaba es que era mentiroso. De esos mentirosos de buena fe, que llegan a creer en sus propias mentiras. Pero lo más malo era lo que se le veía: las semillas negras que le habían sembrado.

Él creía en las armas. Y las amaba. Las acariciaba como si fueran novias. Él creía en el orgullo de casta y en el orgullo de macho. Crecía y llegó el momento de estudiar. Escogió carrera, pero su padre le escogió otra. Luchó, pero se impuso el papá. No había abogado en la familia, y Juan tenía que ser abogado.

Juan empezó a estudiar para abogado, pero no llegó al fin de la carrera. No le gustaba. En vez de eso se casó con una mujer pobre. Pero su padre, rico, no le gustó el matrimonio, y lo condenó a muerte. A muerte de hambre. Porque de hambre y de miseria murió uno de los enclenques hijos de Juan.

Y el colmo de Juan, que era mentiroso, fue que la gran mentira - la inmensa mentira de su vida - no la inventó él. La inventó su abuelo. Porque la gran mentira era el padre de Juan, que, en realidad, no era padre, era enemigo.

Cuando Juan se dio cuenta ya era tarde, ya se le había muerto un hijo. Juan se volvió bolito¹. Cogía parranda, y se ponía gallón² cuando estaba bolo³.

Y siempre tenía su pistola cargada y aceitada, lista. Claro que un día de tantos, tiró a un hombre que le había golpeado, y además era del pueblo. Le tiró defendiendo su orgullo de casta, su orgullo de macho, que le había grabado en el alma su padre cuando él era niño.

¹ Borrachín.

² Peleador, buscapleitos.

³ Borracho.

Claro que otro día de tantos tiró a su propio hijo. Porque Juan estaba picadito, no bolo de viaje, sólo picadito, y el muchacho le discutió.

Le tiró defendiendo su orgullo de casta, su orgullo de macho, que le había grabado en el alma su padre cuando él era niño. Y hasta ahora esos han sido los resultados de las negras semillas y de la gran mentira, de la inmensa mentira, en el alma de un hombre bueno.

Claro que un día de tantos - no importa cuándo - Juan va a tirar a la gran mentira, y la va a tirar en defensa de su orgullo de macho, de su orgullo de casta, que le grabó en el alma su padre cuando él era un niño.

Un padre que no tiene casta, que no es macho, y que no es padre. Claro que Juan va a llorar mucho cuando tire a la gran mentira, aunque él no tiene la culpa ni de las negras semillas, ni de la gran mentira, de la inmensa mentira de su vida, porque es la única que no inventó él.

CAPÍTULO 25.- EL HOMBRE

Estaba viendo a una muchacha.

Tenía una cara linda por el lado que yo veía. Pero se volvió, y el otro lado era feo.

Y así es siempre, yo no sé por qué. El hombre es un ser curioso. No tiene dos manos. Por un lado tiene una ala blanca, de querube, larga, tan larga y tan pura que toca a Dios con el extremo de las plumas. Por el otro lado tiene una mano negra, corta, simiesca. Una mano traviesamente estúpida o estúpidamente traviesa, yo qué sé. Una mano que se entretiene perversamente, degeneradamente, en jugar con excrementos. Excrementos de cuerpos y excrementos de mentes.

Y al hombre le encanta hacer bolas, y ensuciar con su mano simiesca las alas de otros y de otras. Cuando el ala está sucia, se retrae, se encoge avergonzada, se oculta, y si los manchones son muchos, empieza a cambiar y a cambiar hasta ya no parecer ala, hasta llegar a ser mano simiesca. Y entonces los hombres, animalizados, se sienten estúpidamente alegres, se sienten normalísimos, con sus dos manos - garras iguales, jugando excrementos y arruinando alas. Y se vuelven animales - diablos.

Otros, con el ala limpia, blanca y fuerte, dominan a la mano simiesca, y van logrando mantenerla quieta y aseada. Pero no le dan quehacer. La mano, a fuerza de verse limpia, se retrae, se encoge avergonzada, se oculta, y si la limpieza persiste, empieza a cambiar y a cambiar hasta ya no parecer mano, hasta llegar a ser ala blanca, larga, tan larga y tan pura que toca a Dios. Y esos otros se vuelven espíritus de ángel.

Pero la generosidad - la masa - los que no llegan a espíritus de ángel ni a animales - diablos, lo que son como tú y como yo, tienen un ala blanca, larga, que toca a Dios con las plumas, y sufren con su perversa mano simiesca que en ese mismo instante hurga curiosa en el montón de excrementos.

Ya que los hombres somos así, disparejos, haciéndonos con un ala y una mano, danos fuerza, Señor, para que nuestra mano no sea perversa.

Danos fuerza para enseñarles a construir, a servir, a alisar y a fortalecer las alas y las manos ajenas, para que podamos presentarte algo decente, algo limpio, hecho con nuestra pobre mano simiesca, transformada por amor tuyo en mano de padre, mano de hermano, de médico, de cristiano y de santo.

CAPÍTULO 26.- NAVIDAD

Era Navidad, y cantaban en la Misa del Gallo las monjas de La Asunción.

Subían sus puras voces como tañer de campanitas en la amplitud del templo.

Dulces y claras, con transparencia de regato cristalino, con dulzura inocente de mieles de abejas campesinas.

Sonreía el Niño Dios en el pan que elevó el sacerdote. Alababan a Dios las monjitas, y se sentía palpitar en gozo al Señor, por aquel amor con que ellas le cantaban. Un amor de finas voces de tiples.

No había contraltos entre ellas. Porque las voces de contralto son para amores broncos, borrascazos nocturnos.

Y estas campanitas cantaban el amor suave, el amor fragante, soleado, hermoso y puro. Blanco como jazmín, como ala de cisne, como hostia consagrada.

Así era el canto y el amor de las monjitas de la Asunción, en la Navidad de Nuestro Señor.

Y ahora que ya no se usan las mayúsculas miniadas en los Misales, ahora que vivimos en una época en que todo se dice en términos cósmicos, espaciales, extraterrestres, extralunares, extramarcianos, iban por los espacios siderales las notas del canto de las monjitas de la Asunción, como floridas mayúsculas miniadas, ingravidas, celestes, volando en el éter, tintineando su alegría de Navidad, y contándole a casa estrella: ¡Nos ha nacido un Niño!

Por eso el Niño Dios sonreía en el Pan que elevó el sacerdote.

Sonreía en el alma de los que estaban en la Misa del Gallo en la capilla de la Asunción. Sonreía también en las almas de los que no estaban allí.

¡Y debe haber sonreído en la gran Catedral de Nuestro Señor de Marte, cuando llegaron con la dulce noticia – juntas - las campanitas del canto de las monjas de La Asunción desde la tierra, y las notas graves de la voz del astronauta Borman desde la luna!

CAPÍTULO 27.- EL ESCONDITE

Me encontré con alguien a quien tenía mucho tiempo sin ver. No sé si él se alegró, y yo no sé si me alegró verlo. Lo vi viejo y cansado. Pero había luz en sus ojos, que ya empezaban a ver y no ver. Como los de los ancianos.

De joven había sido poeta, filósofo y engreído. Pensó siempre en escalar cumbres, en plantar su bandera en altas cimas. Hablamos y hablamos. Me contó su historia. Había tenido todo. Juventud, fuerza, pecado, altura, generosidad y entrega. Había creído en mucha gente. Había trabajado mucho. Tenía mujer, hijos, casa y perro. Y salió en la historia la misma mezcla de siempre, el eterno coctel. Ese hombre había sido bueno y había sido malo, activo y perezoso, amigable y tonto. En sus avatares había pasado por todo.

Pero un día, de pronto, sin saber cómo, sintió que estaba solo. Que no había escalado nada, que no había plantado su bandera en ninguna cima. Que por haber tenido sus ojos en las cumbres que quería conquistar, no se había fijado en los demás; no vio el camino que seguían. Y cuando notó el silencio, se dio cuenta de que todos se habían ido por esos caminos que él conocía, y que estaba solo en la llanura inmensa.

Vivió una sola noche, que no supo cuántos años duró. Hasta que pasó un amigo, un rezagado que sí sabía el camino. Le llamó la atención que fuera alegre, cantando. Lo siguió. Y habló con él. Claro que no le dijo que estaba solo y perdido. Pero el otro lo adivinó. Y rebosaba en deseos de ayudarlo. Le contó que conocía a otros que se habían quedado solos en la llanura, y que él los había encaminado. Y lo llevó. Caminaron juntos un trecho, y cuando él se dio cuenta, ya iba alegre, cantando, rodeado de amigos, inundando de luz.

El caminante desapareció, pero a él no le importó, porque sentía que lo llevaba dentro, y cantaba con él.

Terminó la historia, y comprendí por qué, aunque estaba viejo y cansado, había luz en sus ojos. Sentí que lo quería, que lo quería mucho, y que algo o alguien dentro de mí lo quería todavía más que yo.

Se fue, y me quedé viendo sus hombros un poco caídos, su andar de viejo; pero lo oí cantar. Iba alegre. Pensé que había algo familiar en su figura. Y hasta entonces no caí en la cuenta: ¡Ese hombre era yo!

CAPÍTULO 28.- EMBARGAR

Estaba pensando en una palabra, en un verbo.

No sé el origen, no me interesa su etimología, pero me ha dado mucho en qué pensar su trascendencia. El verbo es: embargar. No en el horrendo sentido que le han dado los inventores de las hipotecas y de los intereses, sino en su verdadero sentido inundatorio, totalizante.

Cuando tiene el alma embargada por un convencimiento, por un sentimiento, por una pasión, el hombre es capaz de hacer, de lograr; hasta de hacerse y de lograrse, que es más difícil. Cuando un hombre no está embargado por nada, cuando no es inundable, cuando su ser es impermeable, no va a nada, no hace nada, no crea nada.

Siempre me había chocado que un hombre inteligente como Pilatos, capaz de preguntar a Cristo: ¿Qué es la verdad?, no pudiera percatarse de que tenía enfrente la Verdad. Hasta que he pensado en el sentido del verbo embargar, no he comprendido lo que le sucedía a Pilatos. No estaba embargado de la pasión de encontrar la verdad, de conocerla, de penetrar su sentido oculto. Sólo tenía una curiosidad de amateur.

Tampoco estaba embargado por una pasión de amor. Su mujer le pidió que no le causara daño al Justo. Si Pilatos hubiera tenido el alma embargada del deseo de la verdad, hubiera vibrado, hubiera presentido la Verdad que tenía delante. Si Pilatos hubiera tenido el alma embargada de amor, no hubiera titubeado en favorecer al Justo por amor a su mujer. Y por eso, porque tenía el alma impermeable, inembargable, se ahogó después en un mar salado. De otro modo lo hubiera embargado un mar de verdad, lo hubiera inundado, impregnado de su dulzura eterna. ¡Pobre Pilatos con su alma impermeable que no se dejó embargar por nada! Por eso esos hombres buenos, pero fríos, impermeables, de poros cerrados como Pilatos, son peores que los apasionados malos.

Son capaces de mandar apalearse a Cristo, y de lavarse las manos ante su Cruz. Los apasionados malos son esponjas de poros abiertos que han absorbido el mal, pero la vida puede exprimirlos, y el mal saldrá de sus poros.

Si se sumergen luego en el Mar de Dios, no se ahogarán. Se inundarán, se impregnarán, se embargarán de Dios. Porque son embargables. Por eso, pensando en el verbo embargar, he llegado a creer más en los que son capaces de odiar mucho, que en los que ni odian ni quieren.

CAPÍTULO 29.- EL ANILLO

Era un anillo.

Un simple anillo episcopal, de oro, con su piedra preciosa. Pero también era mucho más que un anillo. Porque este anillo sabía cantar. Cantaba marchas nupciales porque fue hecho de los cintillos de oro que unieron las vidas de los padres del fraile. Del fraile que después fue Obispo.

Cantaba canciones de cuna porque, siendo chiquillo, las aprendió de la madre cuando arrullaba al niño que después fue fraile. La madre que guardó los cintillos en memoria del amor del esposo. La madre que mandó fundirlos, para darle al hijo todos sus amores, en forma de anillo, cuando Dios hizo Obispo al fraile.

Cantaba “requiems” con el Obispo, en memoria de la madre cuyos ojos no pudo cerrar. Y como es natural, el Obispo amaba ese anillo. Pero el Obispo no había dejado de ser fraile y, a pesar de la mitra y báculo, sangraba su corazón franciscano al ver el dolor de los sin techo y de los sin pan.

Y un buen día, mientras llamaba al corazón de los que tienen algo, para moverlos a darles techo a los que ni eso tienen, se acordó de que él también poseía algo valioso: una joya que podía traducirse en láminas de zinc, para cubrir de la lluvia a alguien que hasta ahora se había empapado, por no tener para cubrirse más que el invierno.

Se acordó de su anillo, y el Señor saltó de gozo en su corazón. Palpitando de alegría por haber encontrado qué dar, el Obispo se quitó el anillo: el anillo que cantaba para él tan dulcemente, y lo echó en la alcancía del techo de los pobres. Y esa noche el fraile con mitra de Obispo, el Obispo con corazón de fraile, durmió dulcemente, livianito, sin nada de él, arrullado a dos voces por Nuestra Señora de los Pobres, y por su madre, la que guardó en el anillo los cantos de todos sus amores.

CAPÍTULO 30.- LA FLAUTA MAGICA

Esto de empezar a escribir es como nacer.

No nace uno porque se proponga nacer, o porque quiera desesperadamente nacer, sino simplemente porque nace. Y al empezar a escribir, se empieza a vivir una vida rara, intensa, siempre nueva, en que cada día trae un descubrimiento sensacional, enorme: lo que se escribió ese día.

Hay quien empieza a escribir acuciado por el deseo de comunicar a los demás lo que él ve, lo que él siente, lo que él piensa. Hay quien empieza a escribir para concretar su propio pensamiento. Escribe para sí mismo. Produce y se alimenta de lo que produce. No quiero pensar en los que escriben para brillar, para deslumbrar, para gustar a los demás. Esos son como alambristas, como faranduleros, y – claro – viven en equilibrio inestable entre el aplauso y la censura. En el fondo payasean para vivir. Si no gustan a los demás, no comen. Porque físicamente comen de lo que les pagan por sus libros. Y espiritualmente se alimentan del aplauso.

Otros son inquietadores, no inquietantes, inquietadores fustigadores de los demás. No les importa gustar o no gustar; ellos quieren despertar. Y, a veces, despiertan a la gente con finos siseos, otras con gruesas voces, y, si lo creen necesario, a puntapiés. Papini y Unamuno sabían de eso y gustaban de ser inquietadores.

Otros, como los niños de Hamelin, acuden al compás mágico de algún iluminado flautista, y lo siguen gozosos, imitan sus andares, crito, y van después por el mundo, intuyendo siempre la lejana melodía, gozando y esparciendo su gozo. Ese fue mi caso.

Yo no sé escribir. No aprendí a escribir. No escribo deliberadamente. Pero un día de mi vida llegué a una región donde nunca había estado, y escuché claros los compases mágicos. Yo los había medio oído antes, pero no los había discernido del maremagno de ruidos con que pueblan el aire de los hombres pitoretas que abundan por ahí.

Oí aquellos compases, que sonaban a música de églogas, a música de cielo, y me quedé inmóvil, sintiendo raras cosas que lavan, que desleían, que disolvían mis rocas, mis metales fríos, mis corazas y mis yelmos.

Y quedé desnudo, liviano, ágil, dispuesto.

Entonces una mayor, supermayor, mayúscula, que inventaba la melodía y marcaba los compases y las variaciones. Era la de Nuestro Señor de la Divinas Armonías. Pero ya teniendo el oído, ya metido en la onda el ser entero, se percibía una gran cantidad de flautas acordadas con la mayor, por el camino florido, bailando y saltando. Y de las flautas brotaban semillas luminosas que, al caer, se convertían en flores, y las flores cantaban la fuente que brotaba de la flauta mayor.

Uno de esos hombres era Azarías. Su flauta sonaba un poco más armoniosa; un poco más luminosas eran las semillas que de ella brotaban.

Y me fui tras de él. Yo también vestido de musgo. Yo también tocando, bailando y saltando mi gozo por el camino florido. Desde entonces sueño con ver brotar las mágicas semillas luminosas de mi flauta primeriza.

Desde entonces escribo. Y mi flautista de Hamelin fue Azarías el Mayor.

CAPÍTULO 31.- EL CARTEL

Alguien dijo que la experiencia no es más que una larga historia de errores.

Yo creí por años que Fulano era un hombre. Puede ser; parece ser cierto, porque el hombre comete errores todos los días, siete veces siete cada día. Mantiene sus errores por años. Y les da de comer todos los días, como a animales favoritos. Y resultó que sólo era un cartel de hombre.

Se hacía una publicidad constante; tomaba actitudes de hombre. Pitoreaba¹ como un hombre. Pero sólo era un cartel. Un cartel en que él mismo pintaba o despintaba lo que le convenía. Y siempre de fondo la figura grande de un gran hombre con la cara de él. Todos creen en él; todos dicen: Miren, eso es un hombre. Yo también creía.

A veces hasta me ensordecían sus pitoretazos², y me asustaba de la envergadura de sus desplantes de hombre. Tanto llegué a creer en él por años de años, que un día lo llevé a juntarse con los hombres libres, con los hombres gozosos, con los hombres-hombres que transitan el camino de Dios.

Y resultó que no podía caminar porque no tenía realmente piernas. Eran patas de palo de cartel. Y no tenía tampoco corazón, porque el gran corazonzote que se le veía era sólo pintado. No tenía sangre, ni palpitaba.

Hasta entonces lo vi tal como era, completamente plano y duro. De tabla pintada. No era un hombre; era sólo un cartel. Y comprendí que por años había cometido siete veces siete errores por día al creer en él. Y era un solo error: creer que era un hombre.

Desde entonces sé que el problema del mundo no es el aumento de población humana, sino el aumento del número de carteles que andan por ahí, pegándola de hombres, pitoreando³ y pintándose corazones grandotes, que, en realidad, no palpitan ni tienen sangre.

¹ Pitoreteaba= hablaba mucho.

² Pitoretazos = gritos sin sentido.

³ Pitoreteando = hablando con gran estruendo y apenas sin sentido.

CAPÍTULO 32.- HOMBRES DEL TROPICO

Parece que en nuestro país, estrechado por dos océanos, todo está sujeto a flujo y reflujo.

Nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestras actividades todas se manifiestan con vaivenes de alto abajo. Nada tiene continuidad horizontal e intensidad, ni continuidad ascendente de esfuerzo.

Nuestro trabajo se hace así, por impulsos; nuestros mismos apetitos no son constantes. Y, por consiguiente, nuestros amores, tampoco. Ardemos con intensidad febril en un instante. Amamos u odiamos en un momento dado con todas las fibras de nuestro ser, pero no tenemos combustible para mucho tiempo.

Los consumimos pronto, y cuando nos damos cuenta, ya no amamos ni odiamos. Al realizar esto, nos sentimos vacíos y exclamamos, imitando al desconocido genio tropical la expresión: ¡Yo qué pierdo!.

Aquí, en Nicaragua, la sangrienta y pétrea religión de los náhuatl se convirtió en un dulce epicureísmo vernáculo, que nada tenía que ver con los duros estoicos de tierras altas que la trajeron aquí. El acerado cristianismo castellano derivó en Nicaragua en un suave misticismo tolerante, o en un protestantismo no luterano sino sensible: un protestantismo antidureza, bonachón y fetichista.

Nosotros convertimos a Dios en abuelito, y adoramos sensiblemente sus barbas, pero rechazamos con blancura sus leyes. Las sentimos demasiado duras para nuestra suavidad. Cuando Tú dijiste que tu yugo es suave, creo, Señor, que estabas pensando en nosotros. Nos estabas viendo asustados de los rigores de Juan, el hombre del desierto, de la violencia contenida de Pedro, de la persistencia arrolladora de Pablo, y nos tuviste lástima; se conmovió tu corazón viendo nuestra fragilidad. Y también debes haber sentido nuestras pleamares y nuestras bajamares de afecto por Ti, nuestras inundaciones de vicios, de perezas y de ablandamientos carnales. Debes haber visto nuestros retornos al paganismo, nuestras embriagueces de fiesta patronal, nuestro arrastrar de tu nombre y del de tus santos en nuestros infames petates.

Todo esto lo viste, lo sufriste y, a pesar de eso, pagaste lo mismo por nosotros que por los austeros hombres de las tierras altas.

Y viniste a habitar entre nosotros, y a hablarnos, y llamarnos con tu dulce constancia inagotable.

Señor, ayúdanos a mantener tu fuego encendido; no dejes que se seque el sol, entre las rocas, nuestro amor por Ti en nuestras bajamares, ni que la estruje la violencia rabiosa de nuestras pleamares. Acuérdate, Señor, de los hombres del trópico.

¡Ten piedad de nosotros!

CAPÍTULO 33.- EL LIDER SINDICAL

Vino mi hermano, el líder sindical. Se le veía sacudido, nervioso. Me dijo que necesitaba ayuda, y yo, Señor - te lo confieso, pensé en mi libreta de cheques, y me sentí muy bueno porque mentalmente la abrí para hacerle un cheque.

Pero no era eso. Ese hombre es mucho mejor que yo. Quería ayuda de cariño, ayuda de hermano, comprensión de hombre en gracia de Dios. Me contó. Maneja un conflicto laboral en que están incluidos hombres que sudan y producen y respiran. Pero están incluidos otros que también sudan y producen, pero no respiran. Trabajan bajo tierra, y respira por ellos una bomba con motor eléctrico, una bomba que les lleva el buen aire de la superficie. Ayer el conflicto se puso serio. En un momento dado se llegó al paro. Y un hombre de la Empresa (así, hombre con minúscula, de la Empresa con mayúscula), dijo que, como los trabajadores ya estaban en paro, la Empresa también, y bajó el switch¹.

El switch que operaba los pulmones de treinta hombres que seguían abajo sudando, produciendo y respirando su aire bombeado. Me quedé mudo de espanto. Un hombre pequeño, débil, sin espíritu, con un mínimo cerebro de IBM, te condenaba treinta veces a muerte, Señor, en nombre de la Empresa..., y se quedaba fresco.

Pensé que has de haber temblado ante el recuerdo, porque también la muerte de cruz es por asfixia. Pensé muchas cosas, y me inflamé en cólera. ¿Qué hiciste?, le pregunté. Y él sencillamente me lo dijo.

Conectó el switch, y puso un activista con garrote y la orden de defender el aire de sus compañeros. Cuando terminé el chorro de mis invectivas contra el homúnculo, nos quedamos viendo. Él ya estaba sereno y sonriente. Y hasta entonces no entendí a qué había venido.

Este hombre y yo nos hemos odiado antes. Ahora él y yo sabemos que, cuando estamos juntos, cuando hablamos, cuando nos comprendemos, Tú estás con nosotros. Y a eso vino.

¹ Swith = interruptor eléctrico.

Pura, ingenuamente, a contarnos a Ti y a mí su dolor de hombre, su dolor de hermano y su dolor de líder; y, sin saberlo, a deslumbrarme y a regocijarte con su grandeza humana. Cumplió con su deber, y ni siquiera odió al homúnculo.

Me avergonzó, Señor. Porque yo todavía no tengo la limpieza de alma que me hubiera hecho falta para abrazarlo y para llorar, sobre su hombro de hermano, toda la amargura de mis odios de antes, toda mi mezquindad de cuando yo era un hombre con minúscula de una Empresa con mayúscula. Me faltó a mí y le faltó a él, que antes de conocerte, era un hombre con minúscula de un Sindicato con mayúscula.

Por eso no lloramos juntos el acto del homúnculo, que fue una muerte, tan muerte como la de tu amigo Lázaro, que Tú sí lloraste. Pero lo compadecemos, y juntos Te pedimos que lo resucites a tu vida, como Tú estás deseando.

Ten piedad del homúnculo, Señor; resucítalo a hombre.

Gracias por mi amigo el líder. Y haz, Señor, que en el mundo se escriban con minúscula sindicatos y empresas, para que el HOMBRE pueda florecer como Tú quieres, como la única mayúscula escrita por tu mano.

CAPÍTULO 34.- ASAMBLEA

He tenido suerte en estos días.

Asistí a una discusión en asamblea, y leí un par de libros inteligentes, llenos de ideas, complicados. ¡Cómo brillan los hombres, Señor, en sus asambleas y en sus libros! ¡Qué complicadas sus mentes, qué diversas!

Yo salía de tu simplicidad cuando fui a la asamblea, porque había estado hablando contigo, pidiéndote que todo saliera como Tú querías. Y al sumergirme después en la complicación de las mentes de mis hermanos, comprendí lo difícil que es encontrarte a través de la mente humana.

Al sentir pasar sobre mi cabeza las olas del pensamiento, contenido en los libros inteligentes, casi pierdo pie, casi me arrastran. He pasado unos días confundido, aturdido por los sonidos y los colores de tantas ideas. Pero volví a entrar en tu simplicidad inmensa, y ya me siento bien, ya estoy claro de nuevo. Y colecciono otra de tus maravillas en mi agenda de viaje. Tu simplicidad de océano, de cielo, de universo, que contiene y disuelve todas las complicaciones, y las hace claras, nítidas, sin nudos.

Y lo hace sin esfuerzo, dulcemente, tan dulcemente como tu Hijo explicaba la vida en sus parábolas. Tan simplemente como cuando dijo: “Amaos los unos a los otros”. Tú les diste a los hombres una mente capaz de trabajar en complicado, pero les diste un corazón que siempre es simple.

Y así como vi lo difícil que es llegar a Ti a través de las mentes, vi también que se llega a tu simplicidad directamente por los corazones. Porque allí, en medio de los ruidos, de los brochazos de color, de los relámpagos de las ideas, había un lazo entre todos, un amor simple, unitario, tu amor, que fluía de y a cada corazón, porque todos estaban inmersos en tu Gracia.

Comprendí tu idea. Cada hombre, con un corazón ancho y límpido como un gran río, con sus márgenes decoradas y vivas por sus bellas ideas, florecidas como mayúsculas miniadas de tu Misal

eterno, y todos los ríos discurriendo hacia tu mar. Todos penetramos en la simplicidad de lo inmenso, y nuestras mentes serán luminosas al sumergirse en el corazón de Dios.

CAPÍTULO 35.- UN LIBRO

Estuve hojeando un libro en esta Semana Santa. Era un libro sobre Ti, Señor. Se fijaba en cosas tuyas, en que nosotros no nos fijamos nunca.

Yo creo que por pereza, otros dicen que por falta de oración -tal vez sea lo mismo, yo no sé -, pero el caso es que no nos fijamos.

El libro de tus esfuerzos para entender a la gente tu Mensaje, para abrirles los ojos y que vieran a su prójimo. De cómo les contabas del amor del Padre, para que sintiéndose hijos amados, se amaran como hermanos. Pero los amaste tanto, que se Te fue la mano. Y empezaste a curar a todos los que Te llevaban. Las comadres de Galilea y de Judea se convirtieron en acarreadoras de enfermos, y se formó el pereque¹.

Para colmo le diste de comer a un poco de gente; los hartones se movilizaron, y los vagos vieron resuelto su problema. Tú, que ya Te los imaginabas en camino de divinizarse y proclamarte su hermano, los viste en cambio quererte hacer su rey, rechazándote como Mesías. Y no tuviste más remedio que morir, para afirmar la clase de Reino que Tú querías.

Pero les diste un chance², y en él se fija el tal libro. Les diste la posibilidad de juzgar, y decidir entre dos que se llamaban Jesús, y se apellidaban Hijo del Padre.

Por un lado Tú Jesús de Nazareth, humilde, azotado, y por todo prestigio tus prédicas, que sonaban a blasfemias, y tus generosos milagros. Por el otro, Jesús Bar Abba, guerrillero y bandido, antirromano y audaz.

Y el pueblo juzgó. Liberaron al Jesús Barrabás de la espada, guerrillero y bandido, antirromano y audaz, y Te condenaron a Ti, por conservador, por retrógrado, por colaboracionista con los romanos, por miedoso y, finalmente, por blasfemo, por andar diciendo que eras el Mesías.

¹ Pereque= Fiesta informal, bulliciosa, desordenada. Por extensión, todo alboroto desordenado.

² Chance= oportunidad.

Porque un Mesías de verdad lo primero que debía haber hecho es preocuparse por destruir la tiranía racista discriminatoria, extranjera e imperialista, y por resolver el problema social de su pueblo.

Para colmo, ya antes de eso habías cometido errores de principiante. Cualquier chaval de escuela sabe que no hay que hablarle a la gente de religión si tiene el estómago vacío, y Tú lo habías tenido días oyéndote el Sermón de la Montaña, y hasta después no les diste de comer. Y claro, el pueblo Te condenó. Como Te condenarían ahora, puestos a elegir entre un Jesús de metralleta y boina, y Tú, con corona y espinas, sin armas, sin bombas y sin manuales para hacer guerrillas.

Te condenará algún “cura” belicoso de esos que no se arredran ante la violencia, con tal de salirse con “la suya”, que, generalmente, no es “la tuya”, Señor.

Y ahora hay más Jesuses de metralleta que oponerte. Hay de todo.

Yo me pregunto qué posibilidades de ganar una elección contra José Guevara tendría hoy el buen carpintero José, que Te crió en Nazareth. El tal libro que hojeé en Semana Santa es fregado. Hace pensar cosas. Se fija en tu Evangelio. Porque ahora parece que no nos fijamos. Pero hay puñitos de gente que recogió pedazos de tu Mensaje. Y entre todos son todo tu Mensaje. En esos puñitos de gente estás vivo, construyendo con ellos, juntando otros puñitos, ganando hombres uno por uno, y aunque algunos caigan muertos o enloquecidos por los Jesuses que huelen a pólvora, otros Te siguen criando con esmero, como José de Nazareth.

Así seguirás resucitando cada domingo de Pascua de cada hombre, hasta que todos comprendan y sientan y vivan como hijos de tu Padre. Y en ese día de gozo, en que los hombres ya no Te juzgarán, porque los otros Jesuses tirarán sus metralletas y sus bombas para abrazarte en sus hermanos, quizá, tal vez tu Padre, que también es nuestro Padre, suspenda su juicio..., y nos perdone a todos.

CAPÍTULO 36.- EL GRAN ENREDO

¡Señor, qué enredo!

Este mundo que Tú amas tanto, está hecho un lío. Por ahí anda alguno de tus curas, diciendo cosas raras. Que Tú no estés presente en el Pan, si no es delante o en medio o detrás de una “comunidad de base”. Creo que ya no sienten tu buen sabor en la Hostia, que ellos mismos consagran.

Anda algún otro predicando la metralleta y la bomba, la muerte de los ricos y de los dictadores, y quiere, en un acto de supermagia bélica, hacer renacer ricos a los pobres de entre el humo y las cenizas de la “guerra santa”. Otros quieren que nos encamisonemos¹, que vayamos a cantarle himnos, mientras languidece, desatendido, nuestro trabajo.

Que paupericemos a nuestros hijos, para que quedemos todos iguales, y la humanidad se convierta en una gran masa gris. Otros dicen que no: que nuestro deber es producir, ser eficientes, crear empleos para que nuestros hermanos vivan bien. Que el mundo sería mejor si se convirtiera en una baja burguesía total.

Y todos gritan, escriben, pintan murales rojos, verdes y negros; aturden, halan nuestros cerebros y nuestros corazones para un lado y para el otro. Y todo al mismo tiempo, creciendo cada día, agigantándose, en una brutal multifonía irresistible. acen difícil escuchar tu voz. Porque Tú siempre hablas bajo. Tu buena educación no es de este tiempo. Se pierde tu murmullo entre los gritos de todos los que rugen en tu nombre.

¡Señor, háblame un poco más durito! Haz que te oigan mis pobres oídos embotados. Haz que Te entienda mi cerebro rasgado por los tirones que le han dado de un lado para el otro. Haz que mi corazón Te ame, y ame a mis hermanos como Tú quieres. Que mi olfato distinga siempre tu buen olor entre el fruto de la pólvora y de la melinita. Que no se confunda tu buen sabor de la Hostia. ¡Señor, haz que vea!

¹ Encamisonemos = vestirnos a la manera de los ángeles que, en las pinturas, parecen cubiertos como de antiguos camisonos de dormir.

CAPÍTULO 37.- EL APÓSTOL

Mi hermano el apóstol estaba triste, confundido, avergonzado.

La marea de los chismes lo alcanzó, y se ahogaba. Lo curioso es que nadie lo atacó antes, cuando era casi un fauno, y reía sus embriagueces lúbricas. Cuando eructaba su satisfacción de barriga llena de güisqui, de ron o de guaro, y exhibía estúpidamente sus bajas conquistas.

Pero ahora está dedicado a tu servicio, Señor..., ¡y ahora nadie le perdona nada! Cada esfuerzo que hace para ser mejor, se lo premian con un latigazo: un latigazo de lengua, de calumnia, de los que duelen. Vino arrugado, vencido, todavía con la cara cruzada por los surcos que la envidia de los malos le grabó. Lo habían amargado, y necesitaba volcarse. Me contó humildemente hasta dónde lo habían hecho sentirse indigno de ser tu apóstol. Era una victoria de los ruines, de los incapaces, de los sucios. Lo habían perseguido como a un perro, latigueándolo con sus lenguas como con tajonas de cuero crudo, arrancándole tiras de pellejo y de carne, de corazón y de lama. Y lo peor es que lo arrinconaron haciéndose los santos, golpeándose los pechos huecos con las pezuñas diablescás.

Y tu pobre apóstol lloraba; lo habían convencido de su indignidad. Hablamos; le lavé en tu nombre las heridas y los salivazos, y usamos juntos el bálsamo de tu Palabra. Como, a pesar de todo, estábamos llenos de Ti, se nos fueron olvidando los salvajes machos cabríos disfrazados de santones, los fustigadores con lengua de tajón. Y comprendimos que nadie Te sirve por ser digno de Ti, sino porque Te ama, y Tú lo amas.

Descubrimos todavía más: que los fustigadores también son hijos tuyos, hermanos nuestros, extraviados, enfermos, intoxicados por el lodo de que están cubiertos. Y Te pedimos por ellos. Descubrimos también la verdad profunda de tus palabras: “donde dos o más de vosotros estén reunidos en mi nombre, allí estaré Yo”. Porque cuando nos despedimos, cuando él iba, ya feliz de nuevo, a seguirte sirviendo, tu buen aroma estaba con nosotros, y nuestros corazones se amaban en tu paz.

CAPÍTULO 38.- W I L L I A M

Llevaba tiempo queriéndolo conocer.

Y cuando un amigo me dijo que fuéramos a traerlo para oír sus canciones, acepté encantado. Me imaginaba que era fino, sensitivo, como poeta y cantor. Y vi a un hombre flaco pero fuerte, barba recia y negra, botas ticas¹ y blue jean².

Gran sorpresa la mía al oír su voz bronca, brotando de una humanidad de guerrillero. Pero sucedía como siempre. No estaba viendo más que la superficie de una faceta. Empezó a cantar, y mi asombro subió al ver moverse las ondas de su voz, al oír los colores cambiantes del azul oscuro de los salmos de Ernerto, al rojo-negro de su desesperación, al verde muerto, y al diáfano dorado triunfal de su canto de resurrección.

Gozábamos los que lo oíamos porque estábamos viendo una alma hermosa, dura y fuerte, alabando tu nombre, Señor, y todos nosotros estábamos contigo, comunicando con él en el éter de tu Gracia. Al ver esta faceta, ya no nos quedamos en la superficie. Entramos en él, como ocurre siempre entre tus cristianos, se dio a nosotros. Le oímos su canto de amor a su hijo por nacer, y percibimos las ternuras hondas que Tú has labrado en él.

Nos las dio, así, simplemente, sin grandilocuencias, con sencillez de héroe antiguo y generosidad de cristiano. Lo fuimos a dejar, y desde entonces hay otro puñito de tu gente que te conoce y quiere a William Agudelo, y a quienes él conoce y quiere.

Señor, gracias por este nuevo amigo. ¡Y haz que su hijo se parezca a él!

¹ Ticas = botas finas fabricadas en Costa Rica.

² Blue jean = pantalón azul, de tela gruesa y remaches de metal, usado casi exclusivamente por los jóvenes.

CAPÍTULO 39.- S I G N O

Hay un signo del tiempo que estremece la tierra.

Hay un signo de ahora, que se vino gestando por quién sabe cuántos siglos en la amplia entraña de la humanidad, en ese útero cósmico que sólo Tú conoces, y que ahora revienta en un parto interminable.

Y el producto del parto es un ser dislocado. Sólo tiene boca, mejor dicho, bocas, cien mil bocas, cien millones de bocas, mil millones de bocas, ululantes, feroces, gritando incesantes el signo del tiempo: la DENUNCIA.

Se denuncia todo el mundo de ahora. Los pobres denuncian a los ricos, y los ricos denuncian a los pobres. Los malos denuncian a los buenos, y los buenos denuncian a los malos. Los oprimidos denuncian a los poderosos, y los poderosos denuncian a los oprimidos.

Todos denuncian a todos en un afán gigante, en una especie de vómito. Nadie es cofre¹ de nadie. Y ya se notan los albores de algo raro. Ya muchos empiezan a denunciarse a sí mismos. Porque yo veo que las denuncias contra los ricos no las presentan los verdaderos pobres. Las gritan, las pelotean y las hacen enormes las bocas de hombres que no son pobres, que muchas veces no son oprimidos. Y he visto también a verdaderos pobres, a verdaderos buenos y a verdaderos oprimidos pedirte por los explotadores, por los malos y por los poderosos.

Yo no sé qué pensar frente al nuevo ser tapudo², frente al parto terrible y vocinglero. No sé siquiera si es parto o aborto. De lo que estoy seguro de que, mezclando estos locos elementos denunciadores y atrabiliarios, sacarás oro puro de tu crisol diamantino, y mis hijos tendrán una aurora en que ya no habrá denuncias, porque ya no habrá

¹ Nadie es cofre de nadie = Con los cofres ponemos a buen resguardo nuestras cosas íntimas, pero no nos sentimos obligados a hacer lo mismo con las cosas de los demás.

² Tapudo = bocón, se llaman tapas a las fauces de ciertos animales, como el lagarto. Tapudo y bocón tiene por tanto, el mismo significado: de boca grande. Por extensión, significa infidente, calumniador, lenguaraz, fanfarrón.

ricos ni opresores, y el engendro bocón será un niño inocente, como aquellos de que Tú gustabas en Galilea. Luego, al crecer ese niño, será el Hombre Total, será el Hijo del Hombre, y al final de los tiempos, ese Hombre serás Tú.

ARCO

Así como esta Agenda no es un libro, ni tiene prólogo, tampoco su final es epílogo, sino sólo un arco: un arco de puente en el camino.

Esta agenda, que es la historia de mi caminar contigo, es tuya, Señor; ha sido siempre tuya, porque ha nacido de mi carne y de mi cerebro, que Tú hiciste, y del Espíritu que Tú, sonriendo, me comunicaste. Ahora me la piden mis hermanos, y yo se la doy porque, si es tuya, es de ellos.

No sé si se publicará algún día, pero si otros la leen, haz, Señor, que al pasar sobre las lamas, no levante sapos; haz que su vuelo haga brotar rosas y centifolias como las de Azarías.

Yo sigo mi camino, pasado este puente, alabándote y cantando tu Resurrección, Vencedor de la tumba, dulce Señor sonriente, de las sucias sandalias y del gozo profundo.

PARTE II

1969 - 1971

SEGUNDA ETAPA

Pasado un arco de puente sigue tu camino, tu camino eterno, bordeado de tus cosas, de todas las cosas bellas que has puesto con amor para tus hijos los transeúntes.

Sigo en pos tuyo, Señor, un poco más viejo, pero más cansado. Todo lo contrario, un poquito más ligero que al principio. Este tu raro camino, que a veces tiene subidas tan largas, baches tan hondos, piedras tan duras, pero en que el aire es puro, pleno de tu aroma, que flota sobre los seres y sobre las cosas. Ese aroma tonifica, endulza la amargura de las bocas hambrientas de tus caminantes, calma la sed de sus gargantas polvorientas.

Cuando uno se cansa, cuando cree que ya no va a poder, no falta tu presencia ni tu rincón sombreado, tu sonrisa, tu voz y tus armonías eternas. Y allí se refresca el grupito de hermanos, y se yerguen de nuevo, frescos, vigorosos y alegres, para seguir andando, para ayudar a caminar a otros, para levantar, abrazándolos, a los que se sientan a la vera del camino, lejos de Ti, sin miedo de perderte, porque siempre que dudo y busco tus huellas en el polvo, encuentro una gota de tu sangre que me guía, a una de tus gemas preciosas que me ilumina.

Sigamos, Señor; no Te me pierdas; presiento que tal vez ya voy llegando, porque Te siento cada día más cerca.

CAPÍTULO 40.- LA CALUMNIA

Alguien me sopló, con aliento fétido, un largo viento de calumnias.

Me irrespetó, me ensució, porque esas cosas horribles ensucian los oídos. Eran calumnias contra sacerdotes tuyos, a quienes yo conozco: hombres santos, claros, puros. Hombres que están quemando su vida en el servicio de tus ovejas.

Los defendí, peleé, golpeé un poco. Ya sé, Señor, que eso no Te gusta; que Tú hubieras vuelto a curar, como lo hiciste con la oreja cortada en el Huerto. Sé que debí haber hablado con suavidad.

Pero es que Tú tienes tus cosas raras. Le dijiste a Pedro: Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas. Pero no le dijiste que en tu rebaño hay corderos y ovejas rabiosas que muerden y que infiltran veneno en las mordidas. Que hay ovejas que gozan transmitiendo su rabia a todo el rebaño, y lo incitan a atacar al pastor. No lo dijiste, Señor, y tal vez con razón. Si Pedro hubiera sabido de la rabia, de la calumnia, quién sabe si hubiera aceptado ser pastor de tales ovejas...

Y así van tus pobres curas, con el calcañar mordido por sus propios corderos. El otro día oí a uno de esos sacerdotes que gritaba, iracundo u dolido, y me molestó por gritón. Yo no sabía, Señor. Yo no podía verle los mordiscos de oveja rabiosa de que estaba cubierto. Yo no sabía lo que habían hecho. Perdona, Señor, mi ignorancia.

Hasta ahora que percibo el tufo de las mandíbulas envenenadas cerca de mi oído, no me doy cuenta de lo que sufría. ¡Alaridos hubiera dado yo!

Y ellos se aguantaban; toman fuerza de Ti; aman a sus ovejas y a sus corderos rabiosos; los perdonan en tu nombre, y los purifican; los lavan con amor, para entregárselos bañaditos, blancos, cuando Tú los llamas. Algunos de ellos fallan, envenados por la saliva oscura, hartos de ser mordidos, y hasta se convierten en corderos rabiosos. Pero hasta estos ultraenfermos encuentran en la vida a alguno de tus pastores que les cura las llagas, aguantando sus tarascadas.

Gracias, Señor, por tus pastores santos. Dales fuerza y valor para seguir su oficio, para desterrar, a fuerza de amor, la rabia de tu rebaño, para entregarte tus corderos y tus ovejas limpios, bañaditos, al final de los tiempos.

CAPÍTULO 41.- EL PRESTAMO

Había prestado una suma por amor.

Mejor dicho, la había dado; no esperaba que me la pagaran. Y un buen día, sin más ni más, me la me la pagaron. Me entristeció, Señor; creí que no querías mi dinero, y que me lo devolvías. Recordé las terribles palabras: “Ay de los ricos, porque ellos ya tuvieron su consolación en este mucho”. Sufrí pensando en cómo me estarías viendo, creyendo que ya me habías clasificado. Y como siempre que juzgo tus actos, me equivoqué por kilómetros. No era eso. Alguien vino a pedirme dos veces y media lo que el otro había devuelto. Y al día siguiente, otro se llevó dos veces y media más. ¡Señor, qué alivio!

No me habías catalogado entre los ricos. Simplemente me pusiste en la nómina de tus banqueros, de tus pagadores, de tus repartidores. No había entendido tu intención, ni tus finanzas, ni nada. Estoy muy contento, Señor. Pero ahora que soy tu empleado, aunque estoy entrando en tu negocio, ya quiero pedirte algo: ¡Señor, que cuando resucite, yo Te vea sonreír!

CAPÍTULO 42.- MIS AMIGOS BURLONES

Hoy me ha pasado una cosa extraña.

He podido dar testimonio de tu generosidad conmigo, y no lo he hecho Señor. Deliberadamente, no lo he hecho.

Me preguntaban mis amigos burlones, por qué no me han visto caer en ciertos pecados, en los que ellos llaman “los dulces pecados”, que brindan las mujeres fáciles. Y ellos creen que saben la respuesta, y se ríen. Claro, es cosa de risa esa fría virtud de santo de palo, que imaginan en mí.

Fui a saltar protestando. A abrirles mis cofres para que vieran los tesoros de tu amor, que Tú me has dado. Para que vieran la alegría de tu Don. Para que los encandilara la fe viva que Tú me has encendido. Para que comprendieran que no es virtud de santo de palo distinguir la basura del oro, y preferir el oro.

Pero de repente me vi tal como soy, nuevo rico, millonario por tu munificencia, gusano vestido de brocados, y cubierto de gemas por tus arrebatos de amor. Y los vi a ellos, mejores que yo, pero con sus pobres manos llenas de basura, y creyendo que encierran en ellas un tesoro. Sólo porque no saben. Sólo porque no ven.

Me dio vergüenza, y no abrí mis cofres. No los encandilé con el brillo de mi fe. Los hubiera resentido con mis millones, con tus millones. Creo que sólo Tú puedes vestirlos de brocados y cubrirlos de diamantes. ¡Sólo Tú puedes darles tu Don!

Yo te pido, Señor. ¡Haz que vean! Haz que comprendan la diferencia entre la basura y tus tesoros. Visítelos de tu Fe. Yo estoy seguro que no parecerán gusanos vestidos de brocados, como yo.

¡Mis amigos burlones son mejores!

CAPÍTULO 43.- ACUSADO

Abrí el periódico de la tarde para ver cómo andaba tu mundo Señor.

Este periódico se dice cristiano. El tono general era de acusación. Acusaba, sobre todo, al Gobierno, pero también a los empresarios, a los que planean, a los que construyen, a los que emplean a la gente. Poco a poco me fui sintiendo culpable, aún antes de descubrir que el ACUSADO era yo.

Dormí mal; pero pensé que ese podía ser el criterio de un sólo periódico..., y descansé. Abrí el periódico de la mañana para ver si había algún cambio. Ese periódico también se dice cristiano. El tono general era de acusación. Acusaba a la oposición, al Gobierno, a los comunistas y a los que no son comunistas, a los trabajadores independientes y a sus empleadores, a los curas violentos y a los obispos mansos, y también a los empresarios que no hacen exactamente lo que el Gobierno quiere.

Al ir volviendo páginas, poco a poco, me fui sintiendo culpable, y pronto descubrí que el ACUSADO era yo. Por fin llegó el periódico que se dice supercristiano: el humilde, el bueno, el manso de corazón. Y me alegré. Lo abrí con la ilusión de encontrar alimento y de salir de la prisión preventiva creada por los otros periódicos. También tenía algo de miedo, pero pensé que era imposible que me acusaran aquellos a quienes yo amo; que no podía ser.

¡Y fue! El tono general era de acusación. Acusaba a los curas políticos del otro bando, a los obispos duros, a los obispos blandos, a todo aquel que piense distinto. Profetizaba males. Insinuaba malas intenciones. Usaba tus palabras, las terribles palabras de tu santa ira. Y las usaba para anatematizar todo pensamiento, toda acción que no fuera la de ellos.

Con este periódico no tuve necesidad de volver muchas páginas. Desde la primera página me sentí culpable, y quedé claro de que yo era el ACUSADO. Porque yo no soy estudiante en huelga, ni cura violento, ni rebelde armado, ni acuso a nadie en los periódicos.

Yo no soy un criminal de guerra porque sólo trabajo por tus cosas, por mi familia, y ayudo a mis hermanos. No tengo defensa ni quien me defienda. Ni siquiera vivo en un barrio marginado. No recojo desperdicios en Acahualinca¹, y sé leer y escribir.

Soy un criminal, Señor, y mi única esperanza es tu clemencia de Padre. Tengo, además, otra esperanza. Chiquita, humilde, como ipegüe² de la gran esperanza, pero esperanza al fin: ¡Que no haya periódicos en tu Reino! Cuando resucite, creo que por fin reposaré en algo que no será un banquillo de ACUSADO.

¹ Acahualinca = barrio marginado de Managua, a orillas del lago, que sirve de cloaca a la ciudad.

² Ipegüe = aldehya. Cantidad extra, del mismo producto, que se recibe como obsequio al comprar una cierta cantidad de mercaderías.

CAPÍTULO 44.- LECCIÓN

Señor, tu manera de enseñar es bien distinta de la nuestra.

Hoy me diste una lección profunda, que conmovió las duras raíces de mi ser, que ablandó un poquito más las berroqueñas asperezas de mis rocas interiores. Yo sentí que hoy murió parte del hombre viejo que arrastro, y del que tengo que liberarme totalmente para mi resurrección en Ti. Vino un hermano en necesidad. Un hombre humilde, pero astuto. Me expuso su problema, y se lo resolví inmediatamente por una sola razón - tu amor -, que me hace querer a mis hermanos, y sufrir con ellos sus dolencias.

Fue un caso simple, sin complicaciones ni fines ulteriores de mi parte. Habló de agradecimiento. Pero su cara y sus ojos contaban otra historia. Estaba confundido. No creyó en la simplicidad de mis motivos. Su astucia estaba en movimiento, y se le salían por la cara los pensamientos en actividad. No podía concebir que un ser complicado, como él me imagina, pudiera tener motivaciones simples. Estaba tratando de adivinar mis intenciones ocultas, mis planes tenebrosos, mis cálculos de utilidad contando con su persona.

Finalmente se fue. Y nunca supe a qué conclusiones le habían llevado sus cavilaciones sobre mi maquiavelismo. Pero entendí tu lección, Maestro Divino. ¡Cuántas veces se ha soltado mi astucia, al recibir tus dones!

¡Cuántas veces he querido adivinar tus motivos, creyéndolos complicados y retorcidos, como mi propio raquitismo espiritual! ¡Qué equivocación, Señor! Hoy he entendido que Tú eres la simplicidad profunda. Se levantó una puntita del velo, y comprendí, porque Tú lo quisiste, una parte infinitesimal de lo ultra simple de tus motivaciones. Desde hoy creo que sé por qué nos enseñaste a decir: Padre nuestro.

CAPÍTULO 45.- NOCHE OSCURA

Cuando leí en San Juan de la Cruz: “La fe es oscuridad de la razón”, me extrañó. No lo entendí, no penetré en el concepto.

Busqué en su obra entera para encontrar el sentido, porque me inquietaba, se revolvían las heces de mis lecturas racionalistas, de mi lógica aristotélica, de mis viejas técnicas del pensar analítico.

Por un tiempo me atormentaron los fantasmas. Se reían de mí Descartes y Kant. Marx y Engels decían: “Ya ves, ahí tienes el opio de los pueblos”.

Y no encontré el sentido en la obra del fraile traspasado de amor divino. ¡Cómo lo iba a encontrar, si para eso hubiera tenido que leer en su alma y no en su libro!

Leí mucho más, pregunté, discutí con los sabios, y lo único que hice fue enredarme en la sutileza de los pensamientos de los hombres, y asustarme ante el abismo del pensamiento de Dios.

Finalmente, cansado, deshecho del corazón y del cerebro, en que casi llegué a hacerte la terrible pregunta del vacío total - ¿cuál es la Verdad? -, caí a tus pies, Señor, ya sin ánimos para preguntarte nada. Estaba demasiado cansado, demasiado amargado por mi ininterrumpido tropezar.

Y el milagro se hizo. Resultó que Tú estabas esperándome.

Me abrazaste, y cuando empecé a recuperar el aliento, cuando iba a contarte mis futilidades, la prodigalidad con que había gastado mi herencia de esfuerzo para averiguar tus cosas por mis propios medios, pasaste tu mano en mis labios para que no hablara, y pusiste en mi dedo un anillo. Un anillo de amor, de luz tan intensa que mi razón se oscureció.

Todo mi ser vibraba, resplandecía; yo era tu amor. Y hasta entonces no comprendí tu mensaje, tu Buena Nueva; me diste la esperanza que me faltaba. Confié en Ti.

Pude hablar, y te dije: “Señor, sé que me amas, y pongo mi confianza en Ti”. Entonces sonreíste, Señor, con esa tu sonrisa única, y dijiste: “Has entendido. Lleva ese mensaje a mis otros hijos, que andan ciegos, tropezando, retorciéndose el corazón y el cerebro. Esa es tu misión. Ámalos como Yo los amo, para que crean en mi amor”.

Y desde entonces voy por el mundo, con mi razón nublada para averiguar, por mis propios medios, los por qué y los para qué de Dios, pero con la mente despierta, el corazón abierto y la voluntad decidida para amar a mis hermanos, diciéndoles que Dios los ama, y haciendo, no lo que yo puedo, sino lo que mi Señor puede en mí, para que haya más hermanos míos a su derecha, cuando Él nos llame.

CAPÍTULO 46.- AUSENCIA

Señor, la mujer que me diste por compañera, no está.

Ya sé que su ausencia será corta, y que los motivos de su viaje son placenteros, pero no está. Y tengo una gran sensación de vacío.

Es una sensación de verdadero desgajamiento físico. Una parte de mi ser se ha ido con ella, y me hacen falta ella y el pedazo de mí que se llevó. La quiero tanto, Señor, que ella es yo mismo. Y estoy seguro que su alma siente igual. Porque en su ausencia me duele la falta de la parte mía que anda con ella, pero me aferro a la parte de ella que se quedó conmigo. Hay una profunda dulzura en esto, Señor, porque ahora sé que nadie nos puede separar. Ni nosotros mismos. Curiosamente, Te siento más cerca. Amigo bondadoso, estás acompañándome en su ausencia. Gracias, Señor, aprecio tu fineza. Te siento ahora por todas partes, solícito, amistoso.

Tú sabes cómo resuena en mi alma la hueca soledad de mi cuarto, cuando ella no está, y me das conversación. Hablamos de los viejos temas, de los dulces temas de tu amor. También me hablas de ella, de cómo la quieres, de sus rezos ingenuos y de sus temores de gacela nerviosa. Me ha hecho reír eso que me dijiste de que la veías como una grácil doncella de Sión. Me ha hecho reír de gusto, porque así la veo yo también, Señor. Me ha consolado eso, que me dijiste, de que también estás con ella, que también le haces tertulia para ahuyentar su nostalgia.

Y tus otros hijos - nuestros hijos, mis hermanos, sus hermanas - también nos unen, también llevan en sí un pedazo nuestro.

Señor, quiero pedirte algo. Cuando mi mujer y yo ya no seamos más cada uno, sino completamente uno de otro, cuando seamos parte de nuestros hijos, de nuestros hermanos, de todos tus hijos, cuando nos hayamos dado a Ti enteramente, cuando no seamos más que llamas de tu amor y del amor a ellos, cuando todo nuestro alrededor crepita en ese Amor total, entonces llámanos a Ti. Para que podamos verte Señor, y amarte juntos para siempre.

CAPÍTULO 47.- LA ANGUSTIA VITAL

Agitado el mundo de hoy.

En verdad agitado. Y no sólo por las guerras y los divorcios, por las bombas y las drogas, por las revoluciones y las discriminaciones raciales, por las masas marginadas y por los rebeldes juveniles. Agitado por las roncadas olas del pensamiento que vibra, que se retuerce y brama, más hondo que la exposición de la granada, más perforante que la trágica fila de hoyitos de la metralleta.

Agitado por la ruptura con las seguridades de ayer, por el brusco descubrimiento de que el hombre es un haz de incertidumbres teniendo a lo Absoluto, palpitante y sufriente, como un haz de nervios descarnados al sol. En dura tensión se buscan con ansia las seguridades, y los hombres se aferran con desesperación a lo que encuentran hoy, para amanecer mañana con una nueva incertidumbre entre sus manos temblorosas.

Y surgen los profetas. Gritan sus lemas:

- "El hombre es todo, no hay más allá".
- "Mentira, el hombre no es más que un proyecto fracasado".
- "No, el hombre es un magnífico proyecto".
- "No existe nada fuera de uno mismo".
- "El que se encierra en sí mismo y no se vuelca sobre los demás, no existe".
- "El hombre es un animal egoísta".
- "El hombre es materia en revolución hacia Dios".

En medio de los gritos de los profetas, el hombre - el pobre hombre viviente y pensante - gime con dolores como de parto, casi viendo como nacen y evolucionan sus excrecencias mentales, brotadas a cada clamor profético, a cada aletazo de realidad tremenda del mundo en que está inmerso. Y las propias excrecencias mentales y pasionales crecen y aletean contra los demás, cambian el curso de sus vidas y de sus pensamientos, y el mundo va desarrollándose, creciendo, aniquilándose y creándose con una espantosa y magnífica vitalidad creciente, mientras la angustia sube como la marea en cada ser.

Yo a veces me pregunto de dónde procede esta angustia vital que nos embarga. Esta angustia que siempre esta allí, que no se cubre ni con basura ni con cosas lindas. Por muy grande que sea el montón, acaba por sacar la cabeza, y su garra fría corre segura hacia mi cuello.

Es una angustia que se personifica, que se erige en juez. Y no la puedo ver fríamente, porque me juzga a mí. Lo curioso es que, a pesar de lo amargo de sus juicios sobre mis actos y mis pensamientos, les da sentido, me hace vivir con una intensidad profunda, meramente, plena. Me pregunto si será cosa del Espíritu, que vino a persuadirnos del pecado. Porque una simple conciencia de culpabilidad no da la vida. Esto es algo más, tiene un espíritu.

Esta angustia vital, que se mete en todo, ante quien mis generosidades son de paja, mis valentías de payaso, y mis intenciones de ladrón. Esta angustia, que juzga hasta mi fe y que, cuando se mete en esto, me deja tembloroso y buscando una certidumbre.

En esas ocasiones clamo a Ti, para pedirte que, si me has dado el don, me des la certidumbre. Y entonces me desconciertas Tú, Señor, recordándome que das tus dones, pero no para alimentar la avidez de la posesión con la riqueza de la certidumbre. No nos quieres hacer ricos de Ti en esta vida. La plenitud vendrá pero no ahora. No puedo regocijarme de esta angustia, porque no tengo la certeza de que venga de Ti. Pero no puedo rechazarla, porque tampoco me consta que no sea cosa tuya. Y además, me hace vivir, a pesar de quemarme. Lo único que puedo hacer es ofrecértela, y te lo ofrezco, Señor, junto con los pedazos de mí holocausto, y entonces llamaré bendita a esta angustia porque sabré seguro que venía de Ti, que era tu fuego. Pienso, Señor, que si esta angustia es tu fuego, este mundo de ahora, que se quema en él, va hacia Ti en su holocausto, porque está ansioso de vivir tu vida.

CAPÍTULO 48.- EL CIELO

Conversaba con un amigo en una reunión social y, como en toda reunión social, hablábamos vaciedades.

Pero como siempre, aunque el hombre quiera ser estúpido y hablar sólo estupideces, acaban por salir en su conversación tus cosas, Señor. Y también esa vez salieron. Me decía mi amigo que sería muy aburrido ir al cielo a tocar el arpa y a contemplar a Dios. Se sonreía al imaginar su figura en camisón y con alitas. Yo convine con él en que, visto así tu cielo, parecía poco atractivo y hasta bobalicón.

Pero, aparentemente, y a pesar de las opiniones de tus cristianos socialistas, Tú también estabas en la reunión burguesa. Y en verdad estabas, porque ahí mismo, al día siguiente, me aclaraste el punto. Estaba oyendo el Concierto No. 1 de Chopin. Tocaba el piano Artuto Rubinstein, y mi gozo era hondo. Era un éxtasis que lindaba con el paroxismo, al sentir la belleza. Comprendí que el artista lograba transmitir un átomo de tu Belleza, y estuve seguro de que, en ese momento, Chopin, Rubinstein y yo comulgábamos en Ti, éramos hermanos, nos habíamos encontrado en un rincón de tus jardines eternos, y nos había sido dado ver la punta de tu manto florido.

La misma sensación profunda he sentido al leer libros en que Te manifiestas a través del autor, y lo hermanas con el que lee. Al contemplar cuadros bellos, y el oler fragancias exquisitas. Pero también la he sentido al sonido de la voz de un amigo fraterno, al estrechar la mano de un pobre agradecido, al tener en mis brazos a la mujer que amo.

He entendido, Señor, que si esos fragmentos de tu belleza hacen grato y cálido para el hombre este mundo, tu plenitud, en la vida eterna, debe conjugar todas las bellezas inefablemente. Y me explico que sea necesaria la eternidad, para gustar de tu Belleza eterna. Me explico que sea necesario participar de tu naturaleza divina, para comprenderla. Y me explico que estos trocitos de belleza tuya, que gozamos aquí, sean el principio de la vida, que has preparado para nosotros.

Esa Vida en que todos nos amaremos, en que cuando un hombre le diga a otro: Hermano, ¿ya leíste este libro?, el otro lo haya leído, y lo disfruten juntos, como la música, como la pintura, como todas las artes, y la belleza toda.

Y cada uno lo disfrutará plenamente, en comunión con todos, alcanzando a ver las más distantes facetas, los más recónditos significados de la belleza oculta en la obra, porque ya la belleza - tu Belleza - no estará oculta, y se manifestará en todo su esplendor, con su brillo, que ahora nos cegaría, como nos mataría el calor del inmenso, infinito, amor de la humanidad en comunión fraterna.

Gracias, Señor, por haber iluminado mi pequeñez, por haberme enseñado que tu cielo no es aburrido ni bobalicón. Gracias, Señor, por haberme hecho entender que, para poder vivir tu Vida, hay que aumentar esta capacidad de amar, para poder compartir tu Belleza con toda la humanidad, porque sólo así aprenderemos a verte.

CAPÍTULO 49.- LAS ESTRUCTURAS

Ayer se mataron - se asesinaron - cuatro hermanos nuestros en Nicaragua, Señor.

Cuatro hijos tuyos que ayer llegaron a tu presencia con su pobre cuerpo lleno de agujeros de bala, y su pobre alma llena de agujeros de odio. Se masacraron porque unos querían cambiar una estructura que juzgaban injusta, y el otro quería defenderla. Fueron todos a agregarse al montón de muertos causados por las estructuras socioeconómicas. Yo me pregunto: ¿si la estructura que defendía el uno es injusta, no será también injusta la otra, que necesita matar para imponerse? Si se impone matando, ¿no necesitará más muertos para atrincherarse cuando mande?

He buscado estructuras en la Historia, y todas están rodeadas de un baluarte de cadáveres. Gente que cayó defendiendo, y gente que cayó atacando. ¡Hasta los reinos de lo que se dio en llamar Cristiandad, y que se decían tuyos. También levantaron su baluarte. También convirtieron en carroñas los que habían sido templos tuyos. Y hasta mataron en tu nombre para cambiar estructuras.

Me da un temblor de pánico, Señor, porque presiento que algunos van a empezar de nuevo a matar en tu nombre. Me estremece, porque me hace recordar que en tu nombre fue muerto tu Hijo. Señor, yo no soy nada, yo no soy quién, para pedirte una cosa tan grande, pero me atrevo porque me duele cada hombre que muere asesinado por su hermano. Señor, te pido que hables por boca de tus genios, que inspires la respuesta que espera el mundo para no aniquilarse, que surja de su mente la idea salvadora, la que conjugue los factores positivos de todas las estructuras tan claramente, tan limpiamente, tan divinamente, que todos los hombres la vean, la comprendan y se entusiasmen.

Que levanten una enorme pira con todas las armas del mundo, y hagan subir hasta Ti el olor de su holocausto. Y que posean nuestros hijos un mundo dedicado a construirse, a superarse en su peregrinaje, hasta llegar a Ti.

CAPÍTULO 50.- EL PECADO DEL MUNDO

Me pregunto por qué, a veces, aun sabiéndome en tu Gracia, aun sintiéndome en tu presencia y amistad, estoy triste, Señor.

¿Será que la mala levadura que hay en mí, hace tan poderosa mi ingratitud, que anhelo hasta la tristeza los goces del pecado, de mis pecados personales? Busco en mi interior, y no encuentro esa ansia escondida; por lo menos no la encuentro tan fuerte como para ser causa de mis tristezas hondas. ¿Por qué, Señor, a veces estoy triste? Tengo que buscar la razón fuera de mí, y la hallo tan fuera de mi ser, como nunca la hubiera imaginado.

Encuentro la razón en mi mundo. Este mi mundo que pelea contigo, Señor, y que cada vez que Tú lo vences y le haces tocar la espalda con la tierra, recupera sus fuerzas como Anteo, y continúa su lucha, vociferante y cruenta. Y yo soy parte de este mundo, pertenezco a su entraña, a su vida y a su carne mortal. De modo que la razón de mis tristezas no sólo está fuera de mí, sino que, al estar en mi mundo, también está dentro de mi ser. El pecado de mi mundo es también mi pecado, y por eso a veces estoy triste. ¿Sentirías eso Tú, cuando Te hiciste Hombre? Tú, el Puro, el Santo, el Cordero inmaculado, que no tenía pecados personales, ¿sentirás el peso del pecado como si fuera tuyo? ¿por eso Te bautizaste con Juan, como si fueras pecador? ¿Por eso sudaste sangre en el Huerto?

He pensado estas cosas, Señor, y ya no creo que la tristeza sea señal de no estar en tu Gracia. Yo la creo ahora señal del convencimiento de pecado, que nos trajo el Espíritu. Señal de nuestra flaqueza, de nuestra pequeñez personal, aplastada por el pecado de nuestro mundo adúltero, asesino, egoísta y ladrón. Y creo que saber esto me libera y me acerca a Ti.

¡Nos parecemos, Señor! Tú pudiste ofrecer al Padre tu Cruz por el mundo, y yo puedo ofrecerle mis tristezas. Sean benditas y aceptadas nuestras ofrendas, y redimimientos al mundo.

CAPÍTULO 51.- LA FE

¡Sólo Tú eres Santo!

He hecho otra vez el terrible viaje, Señor.

En una soledad total, en un silencio abismal, en medio de todos los seres y de todos los ruidos del mundo, he bajado a lo hondo de mi ser. He seguido la trama de las viejas raíces de mi fe.

Y he emergido del viaje, tembloroso y febril, asustado y confuso.

Porque trenzadas en las raíces de mi fe había horribles plantas parásitas, venenosas, flexibles y vivientes. Me puse a podarlas con calma, con decisión y brío. Se pudo y, a medida que profundizaba en el trabajo, iban quedando sólo tres, sólo dos finalmente.

Pero estas dos seguían para adentro, rodeando, ahogando, estrujando la raíz de mi fe. Robándole la savia, e inoculándole angustias.

Además, estaban tan trenzadas con ella, tan estrechamente entrelazadas, que daba miedo cortar estas vegetaciones, por el peligro de cortar también la raíz.

Salí, como te digo, tembloroso y febril, asustado y confuso.

Recordé la parábola de la cizaña, y decidí esperar a que espigaran juntas las raíces buenas y las parásitas de infierno. Siempre habrá frutos buenos y las parásitas de infierno.

Siempre habrá frutos buenos y frutos venenosos en mis ramas, Señor.

Porque aprendí en mi viaje que soy un ser humano, y que no podré nunca desbrozar completamente la raíz de mi fe. Hay en mí semillas de contradicción. Ahora sé que sólo Tú arrancarás la última parásita, y eso me costará la vida.

Pero entonces podré verte, Señor, y vivir de verdad.

Esta esperanza me dará valor para arrancar la penúltima parásita, porque estoy claro de que precisamente ésa debe ser arrancada por mi mano.

CAPÍTULO 52.- DIA DE PAGO

Estaba en mi oficina, y me habían pagado.

Preparaba, para depositar en el Banco, el producto de mi esfuerzo, y estaba satisfecho porque el producto era bueno. Iba a dar para todo en mi casa. Mi mujer y mis hijos podrían seguir viviendo bien, comiendo bien, educándose bien.

Pero cuando alcé la vista para agradecerle el don, vi la última empleada - la de la limpieza - que andaba afanada en su oficio. Desgreñada, fea, ignorante y embarazada. Pensé rápidamente en lo poco que ella gana, y en lo que gano yo. No pensé mucho. Pero ahí mismo entró de la calle el “office boy”¹ arrastrando calor, con toda la camisa sudada. Ya esto sí me quitó la satisfacción de lo que había ganado que era tanto en comparación de lo que la sirvienta y el “office boy” ganan.

¡Qué vergüenza me dio, Señor! Y más porque ellos son tan buenos, que dicen que yo soy “un buen patrón”. Y lo soy; yo no inventé el sistema que los hace a ella ignorante y embarazada, y a él ignorante y sudado. Tampoco yo la hice a ella desgreñada y fea, y a él negro y feo también. Ni los hice pobres.

Sin embargo, algo de pecado debe haber en mi blancura, en mi limpieza, en mi educación y en mi dinero, cuando todo esto me da vergüenza, como le dio vergüenza a Adán su desnudez ante Ti, después de su pecado. Y precisamente todas estas cosas me avergüenzan después de haberte encontrado, Señor, porque antes no sentía esta pena. Si pienso todo esto sólo con el cerebro, llego a la conclusión de que yo no les he robado su dinero, ni su instrucción, y que soy tan inocente de esto como de que sean feos y torpes. Pero algo muy adentro me inculpa, me llena de vergüenza y, - créemelo, Señor - me duele hasta su fealdad y su torpeza, como si sus pobres figuras fueran obra de mis manos y no de las tuyas.

¹ Office boy = ordenanza de una oficina.

Todo esto es un misterio, parte de tu misterio, que sólo es tuyo y que no puedes compartir conmigo, porque yo soy demasiado pequeño para eso. Lo más que puedo hacer es ser un buen patrón, darles dinero, darles cariño, porque son mis hermanos. Pero sufro, Señor; me da vergüenza.

Y hasta parece que en el fondo es vanidad lo que me oprime. Porque creo, Señor, que lo que en realidad quisiera es crearlos de nuevo, hermosos e inteligentes. Pero eso es oficio de Dios; sólo Tú tienes el poder de hacerlo. Pero, además, quisiera verlos limpios, instruidos y sonrientes, y eso sí que puedo ayudar a hacerlo yo.

Cooperemos, Señor. Haz tu parte creadora, y dame fuerza y valor para hacer yo la mía. Tal vez cuando estemos Tú y yo en plena faena, ya no me sentiré avergonzado cuando me paguen.

CAPÍTULO 53.- LA FAMA

Señor, fue como un estadillo.

Yo vivía mis angustias, mis desgarramientos internos, y también mis alegrías y mis complacencias. Pero no me había dado cuenta de que jalonaba mis pasos, por los caminos del mundo, con mis cobardías y con mis flaquezas, que quedaban allí, como las plastas que dejan las reses en las encajonadas polvosas¹.

No sabía que hay gente que vive de recoger las deyecciones, para tirárselas a la cara a los demás. Y yo vivía intensamente, creyendo con sinceridad en el buen papel que hacía, despojándome poco a poco de mis riquezas de adentro y de mis riquezas de afuera. Soñaba con llegar a ser un pobre, un pobre administrador de lo mucho que me has dado, Señor.

Pero tenía una riqueza en que no había pensado, porque la encontraba muy natural. Tenía una reputación, una fama. Las usaba, y me arropaba en ellas, como si hubieran sido una túnica y un manto. Pero no me había dado cuenta de que ese ropaje se había incorporado a mi piel, y tenía adherencias que llegaban a las entrañas. Cuando los recogedores de plastas comenzaron a tirarme las mías a la cara, no se contentaron con eso, sino que llamaron a la multitud gesticulante, y entre todos empezaron a arrancarme, a tirones violentos, el manto y la túnica.

¡Cómo duele, Señor! Con un dolor vibrante y penetrante a cada tirón, y luego con el ardor vergonzoso de carne expuesta. Se llevaron todo: el manto, la túnica, la piel y los pedazos de entraña. Y quedé expuesto - todo dolor y vergüenza - con la carne roja, palpitante, sin piel, y las excrecencias grises de la entraña, en vivo, al sol y al viento.

Quedé sin mi riqueza de fama, irreconocible, cubierta de plastas la cara, el cuerpo sanguinolento, sensible, indefenso.

Soy piedra de escándalo de los que admiraban, y motivo de befa de los que no me tragaban.

¹ Encajonadas polvosas = caminos estrechos polvorientos.

Mis pocos - verdaderos amigos - han sufrido, Señor, y han tendido piadosos su trapito sobre mis partes nobles.

El tiempo empieza a correr de nuevo, y ya puedo pensar. Creo, Señor, que tal vez sin el manto y la túnica, despojado y desnudo, tendré menos motivos para ser cobarde y débil, y serán menos los detritus que dejaré en mi camino.

CAPÍTULO 54.- LA CONFERENCIA

Hoy asistí a una conferencia.

Era sobre cristianismo, pero a Ti no te mencionaron, Señor. La charla era docta, con estadísticas y cálculos. Y como siempre que se parte de estadísticas y cálculos, se deducía una ley. Todo el que no haga tal y cual cosa, no actúe en tal y cual forma, no es digno de ser hijo tuyo, no es cristiano.

El orador era muy inteligente, muy capaz con no sé cuantos PhD¹, un verdadero Doctor. Pero no te mencionó a Ti, ni mencionó tu mandamiento único. Desarrolló una dura teoría; poco a poco la fue construyendo, y brillaba muy bonita. Tenía estrellas de sociología, piedras luminosas de economía, y grandes bujías de antropología.

De largo parecía bella, pero, ya al final, cuando la vi de cerca, la sentí como una tela de araña cuando le da el sol: brilla pero es una red mortal. Una red alienante de ley, una cárcel de hombres, con nudos de compromiso y sables de obligación y sacrificio. No me gustó. No puedo identificar contigo la dureza del “ismo” que le han añadido a tu apelativo de Cristo.

Nunca me han gustado los “ismos”, pero especialmente éste que ahora te ponen de cola, y que usan como azote para angustiar a la gente, Señor, este “ismo” que quieren echar sobre las espadas de tus hijos aquellos que no aguantan su peso, este “ismo” aplastante y despersonalizante, lo rechazo, Señor, y lo rechazo porque no puedo con esa carga, y me dan pesar mis hermanos que tampoco pueden y se agotan, se angustian y pierden tu alegría, porque sus pobres fuerzas de hombres no son suficientes para cargar al mundo.

La conferencia me hizo tambalear; me hizo revisar de donde salió mi fe. Me hizo rebucear² en mi corazón, como siguiendo el cable de una ancla, hasta encontrar en el fondo la honda veta de donde salió mi amor por Ti, Señor. Este amor que siento palpar en mi entraña, y que hace estremecer toda mi masculinidad con extraños goces

¹ PhD = doctorado y título máximo al que se puede aspirar en una carrera.

² Rebucear = bucear de nuevo; sumergirse una vez más para buscar algo nuevo o no encontrado antes.

maternales, con raras ansias femeninas de gritar: “He aquí la esclava del Señor. ¡Hágase en mí según tu palabra!”

Y encontré la veta escondida, la fisura honda, el umbral de eternidad que está en la gruta más profunda de mi espíritu. Allí está la cueva musgosa donde nos encontramos, Señor. Donde descubrí, asombrado y estremecido, que Tú me amas. Que me amas a mí, no a la humanidad, no al ser humano, no a la especie, no al “homo sapiens”, no al mono desnudo, no al hombre respetable, no al camarada proletario. ¡A mí!

Y no desde ese momento, sino desde siempre y allí; habías estado esperando, en la cueva musgosa de la profundidad de mi espíritu, a que bajara a encontrarte y a saber de tu amor. Allí está la raíz de mi fe, sin silogismos brillantes, síntesis y sin ley. ¡Te amo porque Tú me amas!

Después pensé que, si yo tenía esa cueva en lo más hondo de mi ser, cada hombre tiene su rincón de alma donde Tú lo esperas, y él Te busca, buceando en su espíritu. Y cada uno tiene su forma de bucear muy personal, muy suya, con la cual llegará hasta Ti. Nadie puede usar la natación de otro: se ahogaría. No hay camino trazado dentro de uno mismo. Tu Ley enseña a arrancar; enseña a no desviarse; lleva a Ti como un maestro; pero la fuerza de cada brazada, de cada talonazo depende de cada hombre. Por eso los respeto a todos; por eso cada día aprendo a querer a uno más de ellos; por eso amo a los que conozco.

Y ellos se alegran conmigo, porque a veces las oleadas de tu amor, que suben de mi umbral de eternidad hasta mi corazón, se me salen por la cara, me circulan en la sangre, y llego hasta a sentir taumaturgas mis manos. Es un amor tan grande este amor tuyo, Señor, que las entrañas se estremecen porque no cae en un hombre.

Duele, porque es dolor de parto concebir al hombre nuevo que Tú has engendrado. Esa es mi fe, Señor. Este amor que no me cabe, que se me vuelca, que se me sale sobre los otros con toda la aspereza de mi carácter, con todo mi modo de ser, tal como yo soy, como Tú quisiste hacerme, como Tú me moldeaste cada día con tu hábito de fuego.

Y amo con un amor personal. Perdóname, Señor, pero yo no amo a tu comunidad; yo amo a mi mujer y a mis hijos, a mi madre y a mis hermanos, a mis amigos Carlos, Enrique, José, Rigoberto, Juan José y cada uno de los tantos otros.

Amo a la belleza que es tuya, las flores, los pájaros, la música, los bellos libros, los ojos luminosos y las sonrisas de las mujeres: toda esa maravillosa belleza que ha salido de tus manos.

Amo la risa que el vino pone en la boca de mis hermanos, sus canciones, sus guitarras, y me encanta sentir la finura de una piel femenina bajo mis dedos y la ancha mano de un amigo sobre mi hombro.

Vivo y amo, Señor; ésa es mi fe. Siento tu amor subir, como un fuego, en mis entrañas, y quiero cada día que viva, conocerte y querer a otra persona, sin posesión, por gusto, porque Tú me quieres, y ese amor me desborda y me hace libre.

¡Libre hasta del temor a la muerte, porque Tú has resucitado, y me amas tanto, que resucitaré en tu amor, y por fin podré verte!

CAPÍTULO 55.- LA FUTILIDAD

Una de las más terribles cualidades humanas es el sentido de la propia futilidad.

Hay momentos amargos, hondos, en que el hombre se siente hoja, papel, copo de nada en el espacio lleno de corrientes y de estruendos.

Esos momentos de doloroso fracaso de todo lo vivido, presentimiento de disolución al infinito en el futuro. Horas del dolor de no dejar huella, de no haber sido, de haber pasado sin hacer historia, de haber gastado una vida que no será narrada.

Señor, creo que pusiste esa cualidad en nosotros, para que conociéramos la humildad del ser mínimos, perdidos en el máximo espacio. Y, al mismo tiempo, hay veces en que se siente uno tan grande, tan hijo tuyo, que se le empequeñece el mundo alrededor, y necesita el cielo para que lo contenga.

He estado haciendo balance de mi vida en este Viernes Santo, Señor, y contemplando lo que yo he realizado, caigo en la cuenta de mi futilidad. Me siento el ser mínimo en el máximo espacio. Pero sé, que mañana - en tu Resurrección - contemplaré lo que Tú has hecho por mí; entonces me sentiré el ser máximo en el mínimo mundo, y esperaré, apretado por la pequeñez de la tierra, a que Tú me lleves al ancho seno de tu cielo, donde cabes Tú y cabré yo.

CAPÍTULO 56.- EL PRONOMBRE

Hoy tuve un encuentro con un pronombre.

Me golpeó. El bárbaro pronombre de exclusión, que hemos inventado los hombres para excluir, para excomulgar. Cuando alguien no piensa como nosotros, cuando actúa en una forma que nos disgusta, cuando por su pensamiento o por su conducta merece a nuestro juicio una pena, lo encarcelamos, lo sepultamos en la oscura mazmorra del pronombre. Desde ese momento en adelante es “uno de ellos”. Y cuando decimos “ellos piensan”, “ellos hacen”, “ellos creen”, el pronombre los aísla, los exilia de nuestra intimidad, les niega nuestro calor humano.

Te esforzaste, Señor, en hacernos entender que Tú y él y yo existimos, para formar una trinidad a imagen y semejanza de la de tu divina familia. Pero nosotros insistimos en el brusco pronombre de la separación. Y no nos damos cuenta de que, al encerrar a nuestro hermano en la cárcel de “ellos”, te confinamos también a Ti, que estás en él. Enséñame, Señor, a olvidar el pronombre. Enséñame a abrir la puerta de esa celda de olvido con la llave del “nosotros”. Creo, Señor, que esa tu Gracia, tu mejor don al hombre: hacer brotar un “nosotros” de Ti, él y yo, o mejor dicho, de él, Tú y yo. Porque sin Ti en medio, ¿cómo nos comunicaríamos? ¿Cómo podríamos ser “nosotros”?

A él y a mí nos separa nuestra pobreza humana para el don, para la única unión entre seres sin que el uno absorba al otro, sin que lo oprima. Tú que eres don, que sabes cómo traducir los balbuceos de un alma para que la otra los comprenda, que vives la intimidad de cada uno, sólo Tú puedes tender ese maravilloso puente de luz y de calor que hace a los hombres hermanos, de la misma edad, de los mismos derechos, primogénitos contigo de tu Padre. Sólo Tú puedes, porque sólo Tú conoces la verdadera intimidad del ser. Y sólo Tú puedes, habitando en cada uno, siendo él mismo, comunicarte plenamente de ser a ser, en esa intimidad inefable de Ti a Ti mismo, siendo él, Tú y yo. Y esa comunicación somos “nosotros”. El “nosotros” es el espíritu santo del amor entre hermanos, cuando Tú estás en medio.

CAPÍTULO 57.- CONTRADICCIONES

Gracias, Señor, por no dejarme sentir en toda su intensidad mi dolor hondo.

Creo que, si pudiera percibir todo lo que me duele, moriría. Hay una rara anestesia del no darse cuenta, del no sentir todo lo que lastima. Y esa anestesia es misericordia tuya, Señor, y yo lo sé.

Porque si ahora yo compartiera todo el profundo añorar de mi mujer sola; si yo sintiera todo el dolor del hombre desplazado de su trabajo de años por la máquina del poder; si en mi entraña resonara todo el reclamo del joven inconforme y del adulto amargado por la injusticia ambiente, creo que no resistiría, Señor; creo que mis entrañas reventarían, porque no puedo contener todo el dolor de tu mundo.

¡Y ahí, tu misericordia anestesia! De ahí que pueda beber güisqui, mientras mis hermanos agonizan y mi mujer sufre. Y Tú haces que esto no sea monstruoso. Tú lo haces natural, Señor. ¿Cómo? No lo sé. Es cosa tuya, que creaste la naturaleza humana. A veces puedo compartir íntimamente los dolores, hasta el fondo, sintiendo en mi carne el corte de la cuchilla que rasga el lomo ajeno. Y otras veces tu anestesia me cubre, me protege.

Y no sé si es que soy insensible, o si Tú sabes mejor que yo hasta dónde llega mi resistencia. O hasta dónde sería presunción vana echarse auestas el dolor del mundo. Tú lo hiciste, Señor; Tú sabes lo que es eso, y a veces, en un infantil afán de cruzadas heroicas, como niño, como hiciera Teresa, quiero yo - pequeño, tonto guerrero de tu reino - salir a encontrarme con el dolor del mundo, como si yo fuera Tú, pretensión púber del hombre que nunca llega a Dios, pero que quiere ser Dios, y no puede.

¡Qué tremenda tensión, qué dolor de desgarramiento! ¡Y qué sería de mí, si Tú no acudieras, Señor, a aliviarme de esto! Siempre lo logras. Por medio de mis amigos, por medio de algo, yo qué sé.

Hoy lo hiciste con Angelito, con sus pulmones rotos; otro día será con otro, pero siempre estás al quite, al alivio, a la anestesia.

¿Por qué nos hiciste capaces de intuir el dolor del mundo, pero incapaces de aguantarlo? ¡Cosa tuya, Señor! Y, sin embargo, a pesar de lo rudo de esta recia tensión, esto es vivir en Ti; esto es lo que Tú quieres. Y a pesar del dolor, es mejor que la vida gris de aquellos a quienes no les exiges estirar los brazos, el torso, las costillas, la columna y los pulmones en tu Cruz. ¡Gracias, Señor!

Pero la verdad es que no sé si dártelas, porque releendo lo escrito, ya no estoy seguro de que sea cierto. No sé si mi alivio viene de tu anestesia, de tu suave medicina, o de mi cobardía y de mis contradicciones. Porque siento latir en mis venas la poesía..., y vivo en industrial, en ingeniero. Porque rebosan de mi corazón todas las sagradas rebeldías del hombre de mi tiempo..., y soy un funcionario de gobierno. Porque amo a mi mujer con toda el alma..., y no sé si he matado en ella el deseo de vivir. Porque quiero ser el mejor de los padres..., y no sé cómo me juzgarán mis hijos.

No sé si cuando me haya ido, se hará el silencio en la mesa familiar cuando alguien me mencione. Porque amo a mis amigos..., y no sé si ellos me odiarán por injusto. Porque ya no sé si soy hombre o una bestia bicéfala y torturada.

Y lo peor es que sé que no lo sabré hasta que muera y Tú me resucites, y me des mis ojos nuevos. Los que sí verán la verdad de las cosas, de las otras gentes, y de mi propio yo. Hasta entonces no sabré si he vivido algo de la vida que Tú me concediste, o si sólo la malgasté. Hasta entonces no sabré si era tu anestesia la que aliviaba los desgarramientos de mis contradicciones, o si sólo era cobardía de lustroso, acomodaticio, rollizo burgués. ¡Hasta entonces no sabré si fui un hombre!

CAPÍTULO 58.- NOSOTROS

Son las once. Ya en nuestra aldea ésa es una hora avanzada.

Pero yo no me puedo dormir, y estoy seguro de que tú tampoco lo podrás hacer en la gran ciudad. ¿Por qué esta terrible identificación, que yo no busqué cuando te enamoraba, ni tú buscabas cuando te dejabas perseguir en nuestros gráciles juegos de amor, como de aves, cuando éramos jóvenes?

¡Qué broma enormemente seria, hondamente grave, es ésta del matrimonio! ¿Por qué eres parte mía, y por qué tú no estás completa sin mí? ¿Qué explicación tiene esto en nuestro “hippismo” actual, en nuestra moda insensible y agitada?

Estamos viviendo algo que no entendemos muy bien, pero intuitivamente sabemos cuán grande es este “nosotros”, y que es más que tú y yo. Es nuevo ser, que eres tú y que soy yo, y que nos trasciende a ti y a mí. Mujer tú, y yo hombre, juntos somos algo más.

Yo no sé qué, pero mucho más.

CAPÍTULO 59.- MI CRUCIFIJO

Yo tengo un crucifijo, Señor.

No es bonito, no es un objeto de arte de los que a mí me gustan; es corriente, barato. Ya no tiene facciones; está gastado, chafado usado.

Tampoco creo que sea mágico; no me protege de nada, no me consigue nada. Pero lo tengo, lo guardo, anda conmigo. Como la estampa que me dio mi madre cuando me fui a estudiar. Como el papelito que me escribió mi mujer, cuando era mi novia, hace veinticuatro años.

Anda conmigo mi crucifijo porque Te quiero, Señor. Porque es algo tuyo. Como si fuera un rizo de tu cabello o un pedazo de tu manto. Como un pañuelo de novia, como una carta de amor. Así veo yo tu crucifijo. Y lo beso, no porque sea algo él, no porque lo vea como un fetiche, sino porque es un símbolo de que Tú me amas, y yo te amo, Señor. ¡Sólo por eso!

CAPÍTULO 60.- MIS AMIGOS

Gracias, mis amigos.

Yo no sé si ustedes se dieron cuenta de lo que hicieron hoy por mí, cuando vinieron con su franqueza ruda, con su sonrisa hermana, sin hablar de mi dolor, a acompañarme, a aligerar mi alma, lastrada por la pena.

Cuando ahuyentaron, con su palabra fácil, con su decir sabroso, nicaragüense y llano, las sombras que yo traía, la pesadumbre densa de mi padecer de hombre.

Vinieron ustedes en gracia de Dios, y sin sentirlo, poco a poco, le hicimos lugar, hablando de Él. Y en el amor de todos nosotros, cuando nos dimos cuenta, Él estaba en medio, no presidiendo, no “jefeando”, no mandando.

Simplemente como un amigo más en la rueda, tomando su trago, y ayudando a cargar la cruz que Él nos dio a cada uno, y que en ese momento, gracias a Él y a ustedes, era más liviana en los hombros de cada uno de nosotros.

CAPÍTULO 61.- LAS PIEDRAS DE COLORES

Han ocurrido en mi país muchas cosas durante mi corta ausencia, Señor.

He encontrado a mis amigos divididos en dos bandos. Hay una exigencia de agregación, de despersonalización. No se habla de fulano sin pensar inmediatamente: “es de los nuestros”. O bien: “está con los otros”.

Existe un afán de clasificar a los hombres como si fueran piedras de dos colores, que deben pertenecer a dos montones, cada uno según su color. Y se ha vuelto ingenua la gente, viendo la vida como una película del Oeste: a un lado los del “sheriff” y el muchacho, y al otro lado los bandidos.

No parece contar nada más. La cultura, la bondad, la inteligencia y la simpatía no existen más que en los “nuestros”. A los “otros” no se les reconoce nada, ni siquiera los viejos o los recientes favores. Y lo peor es que pugnan por clasificarme, por llenarme de tinta de uno de los dos colores, y llevarme a uno de los montones. Y yo no quiero, Señor.

Me resisto a dejar de ser yo, para convertirme en hombre-piedra, para que líderes, a quienes conozco o a quienes no conozco, me engloben en una paletada de tantas para hacer una mezcla que yo no sé si es para construir o para emparedar gente. Me horroriza pensar en ser parte inidentificable de una pared, o a lo mejor, de una lápida.

No me gusta que me usen para rajarle la cabeza a alguien. Muchos de tus pastores andan predicando la comunidad, y ya el hombre casi no se ve; desaparece engullido en esa cosa informe, rara.

Ya no hay que ser fulano o mengano, o perencejo, sino miembro de algo, comunidad, gobierno, partido, guerrilla, movimiento; es decir, hay que dejar de ser persona, para convertirse en parte de una cosa.

No me entra, Señor. No puedo dejar mi lucha personal por ser yo mismo, hijo tuyo, y de mi padre y de mi madre, con mi nombre y mi apellido, con mis responsabilidades y mis afectos personales. Jamás podré odiar a un hijo porque no esté en mi bando; jamás podré dejar de admirar las cualidades de un amigo porque no piense como yo.

Mi corazón sangra cada vez que veo a un hombre, a quien yo aprecio, irse convirtiendo en piedra de color, y dejarse mansamente apilar en uno de los dos montones con que se levantan los muros del odio, las barreras de la incomprensión.

Señor, no dejes que me borre; no dejes que caiga un silencio ominoso en el aposento de mi propia personalidad.

¡Líbrame de convertirme en piedra de color!

CAPÍTULO 62.- LA AMISTAD

Hoy he hecho una nueva amistad.

He vivido la maravilla de entrar, de la mano de mi amigo, a conocer sus moradas, sus salas exteriores, sus fuentes y sus peristilos, la parte de su “domus”², que enseña a los recién llegados.

Y luego, ya con temblor en mi corazón y en el de él, porque no es trivial esto, me ha llevado a conocer sus aposentos, las alcobas umbrías donde su alma goza de sus placeres santos. Donde comulga en altares recoletos con sus autores favoritos, donde escucha música dilecta.

Ya sin la máscara que usa en la comedia diaria, sin toga, vestido sólo con la pretexta breve, la corta túnica de las intimidades.

¡Qué grande es la amistad, Señor! Porque uno no entra de la mano de su amigo a tomar posesión de sus moradas. No entra tampoco a curiosear, ni a utilizar lo visto. Lo lleva él a uno, simple y llanamente, a compartir su pan y su sal. Y en esta singular visita de las moradas del otro, cuando uno se da cuenta, ya no es él el anfitrión, sino también el huésped. Porque en la marcha dulce por aposentos y corredores, cuando los dos se percatan, ya pasaron de la casa del uno a la del otro.

Esa es la maravilla de la amistad. El paso de huésped a anfitrión y de anfitrión a huésped, sin solución de continuidad. Porque el pan y la sal de la amistad se reciben y se dan. Uno no se da cuenta cuándo los está recibiendo, y cuándo los está dando.

Y ése es el único banquete que no tiene fin. Esa es la eucaristía de la amistad. El sacramento del recibir dando y el de dar recibiendo. Eso es lo que el Señor sintetizó diciendo: Amaos los unos a los otros.

² Domus = casa.

CAPÍTULO 63.- EL EMPRESARIO

Se sentía muy confundido mi amigo, el empresario.

Vino a verme pretextando negocios; pero lo que quería era hablar, reventar.

Me decía que se sentía muy cansado de la exigencia de comprensión que pesa sobre él. Hay que comprender a los hijos niños, adolescentes y adultos: ya se sabe que un padre tiene la obligación de hacerlo, porque es la generación que nace.

Pero hay que comprender también a los padres ancianos, que pertenecen a la generación que va hacia el ocaso. Y hay que comprender a la esposa, cargada con toda la neurosis de su mundo hormonal, que tanto incide en toda la psicología femenina; hay que comprenderla. Y en el trabajo hay que comprender a los empleados de todas las edades y de todos los niveles, y hay que comprender a los proveedores y a los clientes y a los funcionarios del Estado.

En medio de esa multitud que lo estruja, que le exige comprensión y ayuda, solución a sus problemas y a sus necesidades, mi amigo - el empresario - está confuso y cansado. Y formula su pregunta: "¿Y a mí quién me comprende? ¿Quién está obligado a comprenderme?" Porque desgraciadamente yo no puedo mostrarme débil; no puedo gritar que no aguanto más. Me verían como loco todos los que tienen en mí su apoyo, su pilar esquinero de recursos.

Y era verdad. Ya no podía seguir siendo el producto, el fuerte en medio de una multitud gimiente, tambaleante, que se apoya en él, cada día con más peso. En esa doble marea de la generación naciente, que no comprende al productor, pero que se come con fruición lo producido, y la generación declinante, que tampoco lo comprende porque ya tiene fijos con fascinación los ojos en su ocaso, los empresarios van, prensados de corazón y de mente, marchando hacia el infarto, y ya deseándolo a veces como una liberación.

CAPÍTULO 64.- LOS HOMBRES DESNUDOS

Hay un grupo aterido en la lengua de tierra¹.

Tiene a la diestra el lago, a la siniestra el mar. Es un grupo de hombres y mujeres desnudos, calados por la lluvia, tremantes bajo la fiera luz de los relámpagos.

En el lago hay pirañas², mandíbulas con cola, multitud local, autóctona, dividida en cardúmenes³. Los hombres de la lengua de tierra les conocen la cara a las pirañas. Cada cardúmen las solicita, las llama con clamores celosos. Les canta la excelencia de ser pirañas, y cada cardúmen los quiere para él.

Los hombres desnudos dudan. A veces creen que podrían convertirse en pirañas, pero se ven a sí mismos; se reconocen hombres, y ya no quieren convertirse en mandíbula y cola como las pequeñas pirañas autóctonas. En el mar hay barracudas⁴ y tiburones tigre. Y también cantan como las sirenas, como un canto oceánico, más atractivo que el de las pirañas. Los cardúmenes de ellos son más grandes. También los hombres desnudos les conocen la cara a las barracudas y a los tiburones tigre, y les saben los hombres a los cardúmenes. Casi todos terminan en “ismo”.

Vuelven a dudar los hombres desnudos, porque debe ser mejor nadar en las grandes profundidades que estar, con los pies descalzos, en la lengua de tierra, y el cuerpo expuesto a la tormenta, sabiéndose hombre, desnudez terrible, casi sin piel.

En el estero se juntan autóctonas, las barracudas y los tiburones tigre, y cantan todos los cardúmenes para atraer a los hombres desnudos. El grupo se aprieta; casi se pegan los unos a los otros para sentirse unidos, acompañados sobre la mísera lengua de tierra. Pero a la luz de relámpago se ven, y notan que son seres distintos de saberse hombre.

¹ Lengua de tierra = istmo.

² Pirañas = peces pequeños muy carnívoros.

³ Cardumen = conjunto de peces que van juntos en gran número.

⁴ Barracuda = pez feroz, de mediano tamaño pero de grandes mandíbulas y dientes afilados.

Las pirañas, las barracudas y los tiburones huelen el desamparo de los hombres, y redoblan sus cantos. Entonces los hombres desnudos, descalzos, empapados y ateridos, descubren, en su contacto tembloroso, que hay algo nuevo entre ellos, que se aman sabiéndose hombres y sabiéndose distintos uno del otro. Un nuevo calor circula por las venas del grupo que, extrañamente, ahora ya es un cuerpo.

Y hasta entonces no saben por qué, una vez, un Hombre se dejó clavar a la cruz que se yergue en una lomita que hay en la lengua de tierra.

PARTE III

1971 – 1972

CAPÍTULO 65.- PENSAMIENTOS EN LA SOLEDAD

Ahora que he estado solo tantos días, he vivido experiencias muy raras.

Te voy a contar, Señor, porque sé que Tú no te ríes nunca de mí; porque también sé que no vas a creer que estoy loco. Ahora, que he estado solo, he podido escuchar que antes no oía; he podido ver cosas que antes mis ojos no percibían. Me he sentido como en un cuarto vacío, con luz adentro, y con ventanas de vidrio. Contra esas ventanas he oído el aleteo persistente de las ideas. Las he visto golpetear contra los vidrios, como los pájaros en noches oscuras.

Eran ideas molestas, pegajosas, como los niños raquíticos, pide limosnas, de nuestras calles subdesarrolladas. Y la reacción que me provocaban, era exactamente igual a la que provocan los niños esos: cierto fastidio, cierta cólera, porque existen. En el cuarto vacío estaba yo, oyendo aletear el tumulto de ideas, y viéndolas siluetearse, al pegar en los vidrios. Vibraban en mi cuarto mis sensaciones. Tú estabas detrás de mí, humilde y callado. Pero yo sentía llegar en el aire las ondas potentes de tu anhelo. Las sentía en mi corazón, en mi mente, haciendo vibrar mi ser en agitada frecuencia. Yo no veía, pero estaba claro cuál era tu anhelo. Querías que abriera la puerta. Luché contigo, por varios días, mientras el tumulto contra los vidrios de las ventanas aumentaba hasta un grado doloroso. Los aletazos ya eran lamentos agudos. Y sin decirte nada, hice una transición contigo.

Abriría la puerta un poquito nada más, para darte gusto. Pero sólo un poquito. Sentí en las ondas potentes tu alegría, y me animé. Abrí una rendija de puerta, sintiendo sobre ella la presión de afuera. Y se coló una idea. Era raquítica y pegajosa, como niño pidelimosnas. Entró aplanándose, para pasar por la rendija. No le costó mucho porque era delgadita. Daba pesar. Cerré la puerta en carrera, y me quedé viendo a la pequeña idea. Ya no pude separar los ojos de ella. Era una fascinación extraña la que había en sus pequeños rasgos sucios de pedigüña.

Y de tanto verla la fui reconociendo. No me explico cómo no pude reconocerla cuando aleteaba contra los vidrios. Porque resulta que la pequeña idea delgadita era mía; era mi hija. Se me alegró el alma por haberla recogido, pero me afligió verla tan raquítica, y sentir que me tenía miedo. Porque ahora recordaba que yo la había echado de mi cuarto, y la había lanzado a la noche de afuera porque me estorba, porque me fastidiaba, y me daba cólera, como los niños pidelimosnas.

Me di cuenta de tu emoción por las ondas potentes. Estabas alegre y expectante; yo lo sabía. Comprendí. Afuera había muchos hijos míos, que yo había ido echando de mi cuarto hacia la noche oscura, porque me estorbaban. Y, claro, finalmente me había quedado solo. Abrí de par en par la puerta, y se precipitaron en mi cuarto las ideas, todas juntas, de golpe: las que eran hijas mías y las de padres conocidos y desconocidos. Recibí a mis hijas, y adopté a muchas que no lo eran. Después resultó que ya no me fastidiaban, ni me daban cólera. Lo más curioso, Señor, es que desde entonces los chavales pidelimosnas ya no son pegajosos, ni sucios, ni me da cólera que existan. Parece como que los voy queriendo; parece que van empezando a ser mis hijos.

Y la onda potente se ha vuelto una gozosa vibración de vida, que me recorre todo. Ahora ya no estoy; pero aprendí en la soledad a oír y a ver. Te cuento estas cosas, Señor, porque eres el único que no se ríe de ellas, ni piensa que estoy loco.

CAPÍTULO 66.- ESTRATOS

Cerca de Managua hay un lugar donde se puede ver la huella de un pie humano, perennizada en material petrificado por los siglos.

Así hay en los hombres huellas endurecidas, marcadas por otro corazón o por el ramalazo de un pensamiento ajeno. Y con los años, en la lava blanda de cada erupción emocional o intelectual, se van incluyendo ideas, que vienen a ser fósiles cuando se enfría la lava. Cada hombre es el conjunto de esa superación de capas endurecidas, en las que otras mentes y otros corazones dejaron sus huellas o sus detritus.

Pero hay una diferencia entre los hombres y los estratos terrestres. Las huellas y los fósiles que un hombre lleva dentro, cobran de nuevo vida cuando las emociones, las pasiones y los pensamientos encienden otra vez el fuego que pone la lava a su temperatura de fusión. Las huellas vuelven a ser pies o corazones o puños. Las ideas que sólo marcaron un ramalazo en la superficie de la lava, vuelven a agitarse y a silbar, como látigos furiosos. Los fósiles alientan otra vez y raptan, corren o vuelan, como cuando eran seres vivientes, como antes de acostarse en estrado de aquel año, en la vida de aquel hombre.

Y por eso se ve a un hombre hacer cosas que no se explican dentro de sus normas actuales de conducta, dentro de los criterios de hoy. La pasión licuó tal vez un estrato donde estaba grabado, hacía años, un puño, y el hombre pacífico golpeó. Claro que a veces se licua un estrato donde estaba grabado el rostro de Dios, y el hombre malo empieza a ser santo.

Así funciona esta rara geología interior, esta única paleontología dentro del hombre. Huellas de espíritu, fósiles de ideas, grabados en lava. Así es el hombre. Serie, cada día más larga, de estratos que abarcan no sólo su propia corta vida. Cada hombre lleva huellas, engloba fósiles de las más lejanas edades. Conserva, sin que él mismo sea consciente de ello, los sedimentos de la ira que causó, en el hombre de Neanderthal, la primera pedrada que recibió de otro cavernícola.

Lleva grabada, en su retina interna, la imagen de la violación de su madre y de sus hermanos, que fue lo último que vieron sus ojos, ya vidriosos, antes de morir a manos de los bárbaros de Atila. También hay un estrato en que quedó estampada la suavidad de la mano diminuta, femenina y griega, que curó sus heridas, después de las Termo pilas.

Por eso es muy pequeño decir que el hombre está determinado por su circunstancia histórica, así, con minúscula. Esto es ignorar los efectos imprevisibles, personales, ineludiblemente individuales, de una erupción pasional, de un rojo blanco intelectual, de un atizamiento del divino fuego místico de un hombre de hoy, sobre las huellas y los fósiles que guarda, no de la historia con minúscula, sino de la gran Historia con mayúscula, que empezó antes que las nebulosas fueran. Historia viva en sus genes. Huellas de los tiempos en que las galaxias estaban tan cerca una de otras que las señales, entre galaxia y galaxia, quedaban grabadas, en puntos y rayas, sobre la materia que después fue lava ígnea, y dejaban su marca en las partículas engendradoras del barro que después fue hombre.

Por eso es imposible conocer completamente a un hombre. Porque aunque se tuvieran microfilmes detallados de todos sus estratos, tomaría más de una vida recorrerlos, y siempre faltaría uno, el más antiguo, aquel en que Dios imprimió su huella. De allí el debatirse, el desesperarse, porque el hombre quiere ansiosamente conocerse, saberse él mismo y a los demás, y no puede, porque ha perdido el camino, el túnel, la mina, para llegar al primer estrato que los explica todos.

Allí está la razón de los anhelos locos, de las vanidades desenfundadas, de las centellas de genio. Allí está en realidad subyacente, el único anhelo, la suprema ambición, la semilla tremenda, la sed inapagable, de ser igual al que dejó esa HUELLA.

CAPÍTULO 67.- LA CIUDAD

Recorríamos un nuevo edificio, admirando su moderna complejidad.

Desde el césped de afuera hasta la gran azotea funcionaba todo bien: el aire acondicionado, los elevadores, la iluminación, los teléfonos, todo. Hablábamos de la dificultad de un buen diseño, de los obstáculos vencidos en la ejecución del proyecto.

Y nadie dudaba de la estabilidad del edificio y de la duración que va a tener. Moriremos todos los de este grupo, y el edificio ahí va a estar. Complicado el proyecto y difícil la ejecución, pero se hizo. Es un triunfo.

Después, ya pensándolo bien, no veo tan difícil este logro de la técnica, cuando lo comparo con el proceso oscuro y retorcido que cada hombre emprende cuando nace: el de construirse a sí mismo, batallando con una técnica siempre ignorada y con unos materiales cambiantes, que le llegan de todas partes, y que él usa sin contar con análisis de laboratorio, juzgando la calidad sólo con su criterio. La gente comprende que un edificio se derrumbe si hay un cataclismo, y lo comprende porque lo ve derrumbarse, pero si a un hombre se le desintegra por dentro todo o parte del ser que se ha construido, no puede esperar comprensión plena de nadie, porque esos derrumbamientos interiores no se ven, y, como no se ven, no se comprenden.

Lo peor es que, para que un edificio bien construido se derrumbe, se necesita el trabajo de siglos de los elementos, o un horroroso cataclismo; en cambio, el ser mejor construido puede destruirse en un momento, sin catástrofes visibles, sin nada, con sólo el relámpago instantáneo, que le revela la falsedad de un valor en que él creía, o el desorden evidente de una escala de valores en que confiaba.

Y estos relámpagos reveladores no son raros, no son escasos en la vida de un hombre que en realidad está vivo, que de veras está interesado en construirse.

De repente ve que, por un período de tiempo, usó materiales inadecuados en la construcción, que los armó mal, que su proyecto tenía una parte importante equivocada, y ese día o esa noche, ve caer toda un ala, o a lo mejor el centro de la bonita mansión que había hecho de su ser.

Y hay que empezar de nuevo. Los que tienen miedo, los que se resignan, se quedan cubriéndose con las cuatro láminas de zinc ensarradas¹, que les quedan de su propio derrumbe, marginados voluntarios de la atareada grey de los arquitectos del ser. Los que no se rinden, vuelven a empezar; revisan sus planos, sus escalas de valores; producen materiales; se allegan los de otros, y siguen en la brega, aún sabiendo que la noche del día en que terminen su techo, se despertarán de pronto con la lluvia repicándoles en la cara.

Y hay algo asombroso en esta edificación del ser. Que no está aislada. Se desintegra parte de un ser, y los materiales vuelan, proyectados por la fractura violenta. Pero no se pierden. Existe un principio en esta arquitectura. Lavoisier dijo: “Nada se crea, nada se destruye”. En esta creación constante, violenta y convulsionada de los seres humanos, el principio es: “Todo se crea, nada se destruye”. Porque, en medio del estruendo de las estructuras ópticas, sacudidas, fracturadas y en caída, va surgiendo, hecha de los mismos materiales, candente por la formidable energía del movimiento creativo, toda una ciudad.

Esto es lo asombroso. De una larga serie de edificios a medio hacer, estremecidos, y siempre en peligro inminente de caída, surge luminosa, diamantina, la Ciudad. Y todos, por un oscuro instinto, lo sabemos. Nuestros derrumbes construyen. Porque debajo de las ruinas está la Roca en que apoyamos nuestros pórticos y las columnatas que rodean nuestros floridos patios interiores.

Y no importa cuántas destrucciones haya sufrido nuestro ser interior. Al final del camino habremos contribuido a la construcción de la Ciudad, que un día veremos brillar irisada por los siete colores de las siete estrellas del Evangelista de Patmos.

¹ Ensarradas = oxidadas, cubiertas por el sarro.

CAPÍTULO 68.- EL DESIERTO

Llevo nueve meses en el desierto.

No sé por qué, en algún momento dejé la ruta que seguían mis amigos, y me adentré en el monte por veredas solitarias. Los grandes árboles fueron desapareciendo poco a poco; después los arbustos y las pequeñas plantas florecidas.

Cuando me di cuenta, el paisaje era lunar. Desierto por todos lados. Se aplanó y se arideció todo. Al principio era grato. No había ruido ni interferencias. Volaba el pensamiento en aquella soledad sin límites. Pero fui realizando que yo no soy puro pensamiento. Tengo sentidos, carne y corazón. Y en este pedregal no encuentro la montaña de fe de mi amigo el creyente; no puedo contrastarla con mi propia montaña interior; no puedo superponer las dos imágenes en que juntos descubrimos nuevos pasos y ventisqueros y simas. No puedo compartir con él la ilusión de la conquista de la cumbre.

Me hace falta ver el valle de la esperanza inmensa de mi otro amigo. No tengo con quien comulgar el verde de mi propia esperanza. Y tengo frío al no sentir el calor de la caridad de mis otros amigos; ese calor que da vida a mi propio fuego. Hasta mi debilidad está sola sin mi amigo el poeta, que me buscaba cuando se sentía caer, cuando le fallaba el andamiaje de sus ilusiones, y apoyábamos nuestras flaquezas una en otra, como cuando los niños hacen pilas de palitos parados, y se imaginan que son fusiles en pabellón.

Llevo nueve meses en este desierto Señor. Nueve meses que hubieran bastado para una gestación, y han sido de aridez. Veo tu estrella en el límpido cielo, y siguiéndola saldré de aquí. Pero me he dado cuenta que mis paisajes y mis imágenes interiores necesitan, para que su perfil y su color sean plenos, el perfil y el color de los paisajes y de las imágenes de mis amigos. Sus pasiones, sus convicciones y sus debilidades vibran dentro de mí; se superponen a las mías, y juntas viven, brillan y tienen cuerpo.

Hasta para conocerte, Señor, los necesito. Sé que son pobres retratos tuyos, como de fotógrafo de feria; pero los necesito y los amo porque Te reproducen en tantas actitudes.

Y estoy seguro de que ellos necesitan también el oscuro retrato tuyo que soy yo.

Sé que saldré de mi desierto, guiado por Ti, Señor, y correré a buscar a mis amigos. Nos sentaremos en tu verde césped, y banquetearé con tu Pan de Vida, gozaremos viendo tus retratos.

Después recorreremos valles y montañas, comulgando cada uno en la paz y la belleza de los paisajes de los otros, sabiendo que todos son un solo reflejo de tu Paz y de tu Belleza, y sintiendo que Tú estás en ellos.

CAPÍTULO 69.- LA MUERTE

Tuve miedo la otra noche, Señor, cuando creí que iba a morir.

Un miedo animal, un acorralamiento angustioso, desesperante. Yo creía que no le tenía miedo a la muerte, porque siempre me había enfrentado a los casos de peligro de mi vida en plena posesión de mis facultades.

Pero esa muerte en que cesa poco a poco la función vital, ese lento morir en que uno agoniza, nunca lo había visto de cerca, y me asustó.

Desde la mañana siguiente empecé a analizar mis sensaciones de la noche, y ahora estoy convencido de que uno debe entrenarse para morir. Porque el miedo viene del horror a la caída honda, hacia atrás, a ese “bajar a los infiernos” del momento de la muerte, del hundimiento en lo desconocido, del vuelo a tu universo total.

Yo, hombre concreto, individuo específico, habitante de una fracción infinitesimal de ese universo, acostumbrado a vivir contenido en un frágil y estrecho recipiente de carne y huesos, identificado con su limitación. Yo, hombre cercado por todos lados por una cantidad enorme de alineaciones. Limitado además por el uso imperfecto de un cerebro, que es capaz de funciones aún no descubiertas. Yo, ese hombre, me veré, en el momento de la muerte, libre de todas las ataduras, fuera de todos los recipientes, desligado de todas las cosas y de todas las gentes vivas, despojado de todas las pertenencias y de todas las ambiciones, despresurizado¹ de todas las alineaciones.

Es lógico que me sienta entonces como un buzo de las profundidades, que emerge demasiado rápidamente a la superficie. Como un paracaidista, que salta de la estrecha cabina de un avión a la profunda y ancha inmensidad del universo.

Tengo que pensar en esto. Tengo que entrenarme para esto, Señor, porque no quiero sentir ese miedo animal de la otra noche.

¹ Despresurizado = libre de presiones.

Tú has dicho que, para los que Te sigan, la muerte no es más que el nacimiento a tu vida. Que entonces Te veremos cara a cara, y conoceremos a plenitud tu amor. Sé que después de ese “bajar a los infiernos”, veré; Te veré de frente, y tomaré en plena libertad mi gran decisión: contigo o contra Ti por toda la eternidad. Y estoy seguro que, en ese momento, mis viejas memorias de pecado tironearán de mí para alejarme, y mis momentos de cercanía contigo en mis hermanos me acercarán a Ti. Esa será mi prueba, mi proceso, mi dolor de morir, mi purificación.

Por eso empiezo a ver por dónde va la senda del entrenamiento para el gran buceo, para el gran paracaidismo. Mientras menos viva conmigo y para mí, y más me acostumbre a convivir Contigo en los demás y para los demás, más fácil será la decisión; más pronto vendrá tu luz después del descanso oscuro; más suave será mi purgatorio.

Después Tú estarás en mí y yo en Ti y en todos tus hijos, mis hermanos. Todos seremos Tú, Tú serás todos, y todos seremos Uno, Uno sólo, descubriéndose a sí mismo, infinito, conociéndose siempre, y nunca acabándose de conocer, pero gozando entrañablemente el inefable placer de amar a todos y de amarse en todos, en entrega total y en respuesta universal, en presencia plana y en dádiva sin límite, sintiendo hasta la médula de la propia individualidad libérrima, y participando en la gozosa fusión en ese Uno inmenso, maravilloso, ígneo de amor y fulgente de belleza.

Dame tu amistad, Señor, y dame amigos, para que Tú y ellos me enseñen a morir sin miedo, me faciliten mi elección final, me dulcifiquen mi purgatorio. Y dame a mí capacidad de amor, para que pueda ayudarles a entrenarse para su gran buceo, para su gran salto.

CAPÍTULO 70.- AÑO NUEVO

Hoy termina un año. Un año más de vida que me has dado, Señor.

No puedo menos de preguntarme qué he hecho de ese don tuyo, y me da vergüenza. En el día final de este año me postro ante Ti, Señor, y clamo por tu perdón. Perdón por mis irrespetos a la libertad de mis hermanos, por mi indiferencia ante sus dolores y sus alegrías, por no haberles dado la parte de mi vida a la que tenían derecho. Perdón por mis agresiones a la santidad de este ser mío, que Tú me diste para que lo lleve a Ti. Perdón por mis faltas de correspondencia a tu amor, por mis indiferencias necias Contigo, que tanto me has dado este año.

Gracias, Señor, por esos dones. Por la salud que nos has otorgado, por todo lo bueno que hemos gozado, y también por todas las penas y sinsabores que nos diste, y que nosotros, en nuestra limitación, creímos males, cuando Tú sabes muy bien que son parte de tu plan personal para cada uno de tus hijos, y tus planes siempre son buenos. Gracias, Señor, por las muchas veces que me dejaste vislumbrarte en el amor de los míos, de mi mujer, de mis hijos, de mis hermanos todos.

Hoy me llena de tal modo la gratitud por tu bondad, Señor, que tengo ganas de gritar por las calles alabando tu Nombre; tengo ganas de cantar a todo pulmón: Santo, Santo, Santo. Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas. Tengo ganas de clamar desde lo profundo de esto que hemos hecho de tu Creación: Señor, hoy que muere un año y nace otro, que venga tu Reino, que se haga tu Voluntad.

CAPÍTULO 71.- VACACIONES

Tres amigos y yo habíamos hecho un plan de vacaciones.

Como todos los planes humanos, era un pobre plan de llanura, de bajura mejor dicho.

Pero Te diste cuenta, Señor, y decidiste intervenir. Convertiste los planes idiotas, los proyectos dundos, en radioso vuelo sobre valles y montañas. Nos llevaste a regiones muy bellas de tu mundo. Pero hasta allí condescendió tu corazón de Padre con nuestros proyectos dundos. Cuando empezaste a meter la mano, fue cuando decidiste mostrarnos otros valles y montañas, que sólo Tú conoces, y que sólo Tú sabías del placer que nos iban a proporcionar. Decidiste hospedarnos en el corazón de una familia llena de Gracia de Dios. Una familia que Te vive y que Te ama, y como Te vive y Te ama, se nos dio como Tú te das, y nos amó como Tú amas.

Fueron sólo dos días, pero tan hondamente vividos como si El Ocotál¹ hubiera sido Nazareth, y como si aquella casa abierta, noble y franca, hubiera sido la casa de José. Nosotros no sabíamos de esa dulzura de las casas tuyas, tuyas de verdad, sin letreros ni cruces, pero donde Tú estás en cada pecho, dispuesto a darte al amigo. Lo supimos allí, en la casa de ese hombre que nos une, porque es tu amigo y nuestro amigo, en la bella sencillez con que su madre, su esposa y sus hijas nos hicieron gratas las horas y sabroso el alimento. Lo supimos allí, por el cálido arrullo de sus hijos pequeños, que saben encariñarse, como palomas, con los amigos de su padre. Lo supimos allí, al oír el suave murmullo de las oraciones de las tías, que Te rezan a diario, creyéndote allá lejos, en el cielo, mientras Tú estás detrás de ellas, recoges sus preces ahí mismo, y Te deleitan como si fueran rosas.

Señor, yo creo que Te sonríes a veces también un poco de ellas, porque Te creen tan lejos, y en su inocencia no se enteran de que estás a su lado. Y no se enteran porque nacieron contigo en el Bautismo, y no Te han perdido nunca; están acostumbrados a tu buen olor.

¹ El Ocotál = del azteca Pinar. Ciudad de la zona norte de Nicaragua.

Lo supimos allí, al recibir los dones de nuestro amigo, al recibirlo a él como don, porque se dio a nosotros como Tú te das en el Divino Pan.

Nosotros, hombres de ciudad, pigmeos del mundo terrible en que vivimos, nosotros, cuya única grandeza es ser también hijos tuyos, no sabíamos de esa nobleza grande que habita en tus casas solariegas del Norte² de nuestro país; no sabíamos nada de esa divina capacidad de don que vive en los corazones de esas familias llenas de Gracia.

Bendito seas, Señor, por haber tomado nuestros pobres proyectos en tus manos. Bendito seas, por habernos hospedado en una de tus casas. Bendito seas, por dejarnos comulgar con esos corazones puros. Bendícelos, Señor; que vivan siempre en Ti ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos... Bendícenos también a nosotros, los pequeños, los que todavía no tenemos su grandeza.

Haznos como ellos y haz que nuestras casas lleguen también a ser tus casas, y nuestras familias, familias llenas de Gracia, para que cuando llegues Tú, disfrazado de amigo cualquiera, de pigmeo de ciudad, de lo que sea, sepamos darnos en comunión total con la santa naturalidad con que Heriberto y su familia lo hicieron con nosotros.

² Se llaman así los departamentos más cercanos al norte del país, de características raciales, culturales y climatológicas distintas a la zona del Pacífico y a la costa atlántica.

CAPÍTULO 72.- LOS HIJOS

Pienso en mis hijos, Señor, en tus problemas y en su futuro.

Ya ellos son grandes. Entre adolescentes y adultos, se debaten como los peces en el agua escasa. Pienso que soy su padre, y de repente mis seguridades se desmoronan, porque caigo en la cuenta de que no estoy muy claro de qué es ser un padre.

Creerse un maestro de modernidad, de eficiencia, de intelectualidad para los propios hijos es ser demasiado poco para ellos; creo que esperan más. Creerse un ejemplo es caer en la vieja vanidad blasfema de decirles implícitamente: ¡Sed perfectos, como yo lo soy! Y eso sólo tu Padre, nuestro Padre, puede decirlo con verdad.

¿Qué es entonces un padre, uno de estos humanos, pequeños, comunes padres como yo y tantos otros? Recorro con el pensamiento a cada uno de mis hijos, tratando de acertar qué necesita encontrar en su padre, y rebusco en mi interior, para ver si realmente estoy dispuesto para todo eso que van a tomar de mí.

Porque no se trata de saber qué creo yo que debo darles, sino de prepararme, de abrimme, para que ellos tomen lo que realmente necesitan. He llegado a creer que te necesitan a Ti en mí, y este sentimiento me ha dejado aplanado por un tiempo. ¿Quién soy yo para eso? ¿Cómo Te van a encontrar a través de mi brutal opacidad? ¿Podría yo tener la generosidad, que un padre de hoy llamaría insensata, de darle a uno de mis hijos su herencia, sabiendo que va a dilapidarla en vicios? ¿Saldría yo a otear el camino, día tras día, con el corazón en la mano, en espera ansiosa del retorno del pródigo? ¡Eso casi sería ser Tú, Señor! Pusiste difícil tu parábola. Y menos mal que no se te ocurrió hablar de una pródiga, en vez de un varón pródigo.

Ciertamente, Señor, tu amor absoluto de Padre carga sobre los hombros de tus hijos, que son padres pequeños, pesos muy grandes. Porque yo sé en mi corazón que lo verdaderamente duro para el padre de tu parábola no era el desperdicio de la herencia; no eran los reales; era la pérdida, la dilución del ser de su hijo en la vorágine lodosa a que se dirigía, ciego, joven, loco, y a lo mejor, marihuano. (Porque ya se fumaban esas cosas en su tiempo.)

Era el dolor de la carne y la sangre propias, quemadas en infames altares de falsos ídolos de libertad sexual, de ideales mentirosos, de desorientaciones paganas. Y ése es el dolor de cada padre de hoy, averiguando incesantemente cómo ayudar a sus hijos a llegar a adultos, sin que se queden en el camino como restos inmaduros de seres que no fueron.

Es un dolor hondo, porque los hijos no son propiedades, no son discípulos, no son amigos ocasionales. Son miembros, órganos, vida y sangre de sus padres. Y en este tiempo no es fácil saber cómo ayudarles a realizarse. No es fácil siquiera entregarles su herencia de saber, de experiencia de vida, aunque sea para que la dilapiden, porque a veces no la quieren ni para eso. Se limpian con ella.

Hasta ahora medio entiendo el desprendimiento total del padre de tu Evangelio. Ese lanzarlos al mundo no porque el padre quiere, sino porque ellos se van, y no a lo que deben ser, sino a lo que ellos quieren ser, sin saber siquiera qué quieren ser.

Es cosa seria, Señor, y me preguntó cómo haces Tú con nosotros, tus hijos, tan locos, tan raros, tan afectos a distorsionar nuestro ser, haciendo estiércol del alma que nos diste. Y Tú, aparentemente, lo único que haces es salir a otear todos los días el camino. Nosotros aparentemente también lo hacemos. Tal vez la diferencia es que nosotros sólo oteamos el camino con los ojos, y Tú lo haces con el corazón en la mano y tu casa dispuesta para la fiesta grande de la vuelta del pródigo.

¿Será eso, Señor? Ilumina a nuestros hijos; dales fe; dales luz, para que siempre encuentren el camino del retorno a la casa del Padre. Y a nosotros danos todo el desprendimiento del padre de tu parábola, todo el amor con que esperó a su hijo, día tras día, hora tras hora; toda la alegría con que celebró su regreso. Danos tu corazón de Padre, Señor, que sólo así, a fuerza de amor, salvaremos a nuestros hijos.

CAPÍTULO 73.- LAS PUERTAS DE HIERRO

La puerta de mi casa es de hierro.

No de madera labrada, ni de madera y plástico, ni de esas otras cosas bonitas que hay ahora. Es de hierro sólido y tenaz. Estaba yo viéndola el otro día desde adentro, y me sentía muy protegido de los abusos que pueden venir de afuera. Los ladrones, los asaltantes, todo eso...

Pero el timbre sonó, y por casualidad yo abrí. Era un chaval, un simple, mínimo chaval “pidepan”¹.

¡Qué vergüenza me dio, Señor! Yo protegido por una gran puerta de hierro contra un mísero chaval “pidepan”. Sólo un bollo de pan separando toda una parte de la humanidad de toda la otra. La desheredada, la echada fuera, la rechazada por las puertas de hierro, y la acomodada, la heredada de todo lo bueno, la harta, la gorda. Como yo no las inventé, me pregunto dónde y cuándo fueron inventadas las puertas de hierro. ¿Por qué todavía yo no tengo fuerzas para derribarlas desde dentro, y ellos, los “pidepan”, no tienen fuerzas para derribarlas desde fuera?

¡Terribles puertas de hierro, que nos separan, y que a veces son más que nosotros, más que nuestras voluntades de compartir el pan en la acera, que es la casa de todos! ¿Por qué si yo quiero hacer el bien, obro el mal? ¿Por qué, si quiero sentarme en la acera a compartir lo que tengo con los chavales “pidepan”, lo que hago es construir puertas de hierro? ¿Soy malo o soy bueno, Señor? ¡Sólo Tú sabes; pero la puerta de hierro sigue allí, y yo no puedo abrirla por dentro, ni los “pidepan” por fuera!

¡Tú sabrás por qué, Señor!

¹ Pidepan = niño que mendiga.

CAPÍTULO 74.- EL BONGO VARADO

Hoy me siento tan solo como un bongo¹ varado. Uno de esos bongos corintieños², covados³ en madera fina nicaragüense. Cuando navegan en lotilla, en agua profunda, al impulso vital del canalete, con la proa levantada al viento, se ven ágiles, livianos, marineros, alegres en su inocente felicidad.

Pero un bongo solitario, varado en el playoncito⁴ del estero⁵ - lo que ahora soy yo -, se siente muy mal, Señor. Pesa quintales mi pecho de bongo pegado al lodo podrido de hojas de mangle.

Mi pensamiento quiere sumergirse en el agua honda, sentir el frescor de tu profundidad oceánica; pero mi vientre de bongo sólo se hunde unas pulgadas más en el lodo del estero.

Mi frente quiere alzarse, y sentir el beso vivificador de tu Espíritu; pero mi proa de bongo no se alza ni un milímetro de su lecho de cieno. Me falta el impulso vital del canalete, tu mar profundo, el viento de tu espíritu, la compañía de los otros bongos pescadores.

Devuélvelos, Señor; hazme navegar de nuevo con ellos en tus aguas límpidas, profundas, proa al viento.

No hay cosa más triste, Señor, que un solitario bongo, varado en el lodo podrido del playoncito del estero, con el canalete seco, asoleado, cruzado encima.

¹ Bongo = especie de canoa hecha de un tronco de árbol.

² Corintieños = de Corintio, puerto de mar en Nicaragua.

³ Covados = ahuecados, labrados.

⁴ Playoncito = pequeña playa.

⁵ Estero = terreno pantanoso a la orilla del mar.

CAPÍTULO 75.- LA MUERTE DE JUAN

Por fin murió mi amigo Juan.

La gente dice que se suicidó. No es cierto. Él conocía mucho de armas, porque las amaba; eran como novias para él. Ningún conecedor de armas se suicida con una 22 corta.

En esto, Juan sabía lo que hacía. Fue casualidad, accidente; tal vez la pequeña pistola estaba resentida con él, porque tenía tiempo de no acariciarla. O tal vez quisiste llevártelo antes de que matara al que sembró las semillas negras en su alma de niño.

No sé cómo sería, pero el caso es que, a pesar del tiro en la cabeza, no murió inmediatamente. Vivió dos días. Y el por qué de esto sí lo sabemos Tú y yo, Señor. Quisiste darle tiempo, hablarle antes de la caída honda, hacia atrás, ahorrarle angustias en el hundimiento en lo oscuro, antes de ver tu luz.

Has de haber sufrido, Señor, con tu pobre hijo Juan, con mi pobre amigo Juan, víctima de las semillas negras, dos veces asesino. No fui al entierro. ¿Para qué? ¿Para darle el pésame al viejo sembrador de la oscura simiente? ¿Para abrazar a la mujer y a los hijos escuálidos, que no lo sintieron, que más bien se han liberado, aunque les haga falta la mitad del magro jornal, porque la otra mitad se la bebía él o la gastaba en sus mortales novias?

Tú y yo lo sentimos, lo lloramos, y espero, cuando yo llegue a tu casa, encontrar a mi amigo Juan con su Túnica nueva y el anillo que Tú le diste.

CAPÍTULO 76.- EUCARISTÍA

Tus cosas son tan personales, tus caminos tan propios tuyos, Señor, que siempre me desconciertas, y me maravillas.

A veces me parece que gustas de sorprenderme, que Te ríes un poco de mí. Haces cosas de esas con que los padres gozamos, al descubrirles a nuestros hijos pequeños un fragmento de mundo, nuevo para ellos.

Hay días en que me revelas algo, cuando estoy en plena soledad contigo, y lo haces entonces con seriedad, esperando a que mi tensión hacia Ti llegue a un nivel angustioso. Pero me he dado cuenta de que tus sorpresas grandes, tus revelaciones cegadoras de ese mundo tuyo, de ese corazón inmenso que ningún hombre vivo conoce en su totalidad, las reservas para esos momentos en que hablo con mis amigos. Momentos de descuido, en que hablamos de cosas humanas, en que quizá nos reímos bebiendo y comiendo juntos, gozando simplemente de nuestra amistad y de tu presencia invisible.

Así fue hoy. Bebimos cerveza y comíamos mis dos amigos y yo. Hablábamos dunderas¹ y cosas serias, y de repente, sin que nos diéramos cuenta, interviniste en la conversación. Empezamos a hablar de los hijos. Los tres somos padres, y queremos a nuestros hijos. Comentábamos sobre sus problemas y los peligros que los rodean. Hablábamos de cómo protegerlos, de cómo ayudarles, y se dijo que ellos no son cosas nuestras, sino personas vivas y libres.

Y entonces, cegadora, brotó tu Luz. De pronto vi que nunca antes había comprendido el sentido paternal de la Eucaristía. Tú eres tal clase de Padre, que no sólo les das de comer a tus hijos, sino que te das a Ti mismo para alimento de ellos. Tremenda revelación para un padre, hecha por Ti, así como bromeando, entre cervezas y salchichas. Los padres deben ser Eucaristía para sus hijos. Deben darse a comer, no sólo darles de comer.

¹ Dunderas = tonterías.

Cómo lo haré de aquí en adelante no lo sé, Señor; pero estoy seguro de que sabrás írmelo mostrando, unas veces en serio, a solas, a pedacitos; y otras como en broma, como hoy, entre amigos, cervezas y salchichas, descorriendo un inmenso velo que antes me ocultaba toda una magnificente región de tu mundo de maravillas.

Ahora mismo que escribo esto, sigo entendiendo cosas que antes no había ni siquiera intuido. Cuando Tú te me das en la Eucaristía, a los pocos minutos ya no eres Tú, sino que eres yo, estás en mis jugos vitales, eres mi carne y mi sangre porque, al dárteme, Te hiciste verdaderamente yo.

Y lo que pensé de mis hijos, de los de mi carne y de mi sangre, tengo que pensarlo ahora de todos los demás, porque llevo tu paternidad en mi ser. Y tendré que aprender de Ti no a dar, ni a “darme”, como dicen tus cristianos nuevos, sino a SER EUCARISTÍA, a ser comido en mi totalidad, a dejar de ser yo cada vez que sirva de alimento a otro, para convertirme en jugo vital, en su carne y en su sangre.

Tendré que ser invisible; no deberán ya ni reconocirme. Serviré al circular en sus venas para que sienta tu valor viviente; serviré al llegar a su corazón, ya privado yo de mi nombre, de mi fisonomía, y de todo lo que pueda identificarse, para encenderlos en tu Amor divino. ¿Será ese el “sacerdocio real” de que hablan tus profetas y tus doctores?

Parece que fuera más sacerdocio ser Eucaristía que dar la Eucaristía. No lo sé aún; no sé si me lo descubrirás, en serio o en broma, en alguna otra cuestión.

CAPÍTULO 77.- MISA

Después de las últimas cosas que me mostraste, Señor, la Misa de hoy tuvo que ser lo que fue.

Algo no vivido antes. Para mí fue una Misa virgen, como un prado sin hollar, como un bosque que nadie conocía, como un mar en que yo era el primero que me aventuraba.

Por supuesto, como siempre en tus cosas, empezaste con las lecturas. Una fue el encuentro de Moisés, solitario, Contigo en el Sinaí. La otra, de la Comunión de los Santos en el Espíritu.

Por allí empecé a disfrutar de la suavidad de tu prado, de la frescura de tu bosque, de la hondura de tu mar.

Luego en el Ofertorio, cuando vi elevarse la patena con la sencilla hostia blanca, fruto del trabajo del hombre, vi el trigo de tu prado y, miniaturizados en él, me vi yo mismo, a mi mujer y a mis hijos, a mi madre, a mis hermanos de sangre, a mis otros hermanos que andan en el Brasil, a los que siguen aquí, al diplomático, al banquero y a la beata que estaba en la Misa, juntos todos conmigo en la patena y con los muchachos que cuidan los carros fuera de la Iglesia.

Todos estábamos allí, en ese pequeño platillo, sostenido por las frágiles manos de un curita joven.

Tú también estabas, primero muerto, en ofrenda total, luego resucitando y triunfante. Y llegó después el momento en que viniste a nosotros, y viniste a nosotros junto con todos nosotros en Ti, para ser comidos Tú, y en Ti todos; para que Tú y todos nos hiciéramos una sola carne, una sola sangre, un solo Ser.

Me quedé sin palabras.

Hoy no Te pedí nada, ¿cómo voy a pedirte a Ti y a mí a todo el mundo?

Pero salí feliz. Con ganas de poner mis manos sobre el pecho, donde está el corazón, porque sentía que llevaba en él, junto con mi propia vida y con toda la humanidad.

Claro que vi un montón de cosas, pero no puedo contarte de una vez todo lo que vi. Lo demás Tú lo sabes, Señor, que creaste ese prado, ese bosque y ese mar que vislumbré hoy.

CAPÍTULO 78.- HAGASE TU VOLUNTAD

Me acucia el deseo de decir tantas cosas, me urge el afán de colmar tantas ansias, de llenar necesidades, que a veces me angustio, Señor, porque ni digo gran cosa, ni colmo casi nada, ni lleno casi ninguna necesidad.

Mis hermanos a veces acuden en tal muchedumbre, con tanta prisa, que no doy abasto, que me siento sorbido, como un refresco corto con una pajilla larga. Soy poco generoso, lo sé; soy poca cosa, y ellos piden tanto... ¿O será que lo que piden no es mucho, pero lo que hay dentro de mí es menos que nada? No sé, pero me siento exhausto, y ese lugar en el que me has sembrado, Señor, es un lugar difícil para florecer.

Los negocios, el mando, el poder sobre los pobres que trabajan en mi empresa, me agobian, me desconciertan. Para el que no te conoce, para el que no Te ama en los demás, el camino es ancho y claro, Señor. Su meta es la eficiencia, su marcha aplastante y segura, aunque los cuerpos crujan y los espíritus giman bajo las férreas orugas de la gran maquinaria. ¡Hay que triunfar, hay que crecer, hay que ganar, aunque el competidor se pegue un tiro, aunque la intensidad del trabajo hunda el hogar y rompa al hombre! Pero ya cuando se Te conoce y se Te ama; sobre todo cuando se Te reconoce en los otros, y se extiende ese misterioso manto del amor a ellos, ¿cómo se hace? No se pueden pagar salarios dobles que los de la competencia, porque la empresa muere.

Los pulgares se vuelcan hacia abajo con facilidad en este anfiteatro de los negocios. No se puede exigir trabajo intenso de verdad a seres desvitalizados por una pobreza de siglos. No se pueden hacer turnos nocturnos eficientes, en un país donde los pobres se hacían viviendas abiertas y vocingleras, en que es imposible para un hombre dormir de día. No se puede exigir trabajo de precisión mecánica a un campesino que sólo ayer arreaba vacas y apersogaba toros al bramadero.

Y así, con estos medios, tenemos que convertir en humana esta selva terrible de los negocios; tenemos que construir un país habitable para seres humanos en este criadero de dantos¹.

Estoy viejo y cansado; quisiera ya buscar mi rincón para echarme y esperar dulcemente tu llegada, lejos de esta batalla atronadora. Señor, si quieres, aparta ya de mí este cáliz. Ponlo en manos más vigorosas y jóvenes. Pero si es tu deseo que lo apure hasta el final, hágase tu voluntad, Señor. ¡Bendito seas!

¹ Dantos = cerdo salvaje semejante al jabalí.

CAPÍTULO 79.- VISION DEL GRUPO

En éste tu reino de maravilla, Señor, hay todos los días una redistribución de tus riquezas, que se realiza, como todo lo tuyo, fuera de los cánones establecidos. Te encanta hacer las cosas en forma diferente, rompiendo moldes, saliéndote de las normas.

Tus Apóstoles - que partieron el pan contigo por tres años, que oyeron tus sermones, tus parábolas, que vieron tus milagros, es decir, los más ricos en Ti, los millonarios de tu Gracia, marcados con tu sello divino - se dispersaron en cuanto Te vieron muerto, y se empobrecieron de repente: quebraron, lo perdieron todo.

Hasta reemprendieron su oscuro oficio de pescadores de peces. En ese período de pobreza de ellos, ¡quién sabe a quienes otros enriqueciste! Tal vez a los que iban a oír a los beodos matutinos de Pentecostés. Esos eran pobres antes, y la disposición para oír el milagro de las lenguas los hizo ricos, mientras que tus Apóstoles pasaban sus días de miseria de Ti. Después volvieron a ser millonarios del Espíritu, los mismos que se empobrecieron al pie de la Cruz.

Y durante su vida cada uno de ellos fue alternativamente millonario y mendigo, en esa tu bolsa de valores rarísima, tan tuya y tan de los tuyos. El pobre Pedro, millonario cuando le confiaste tu rebaño, mendigo en la triste noche de sus negociaciones, potentado en Pentecostés y menesteroso cuando no quería comer con los gentiles, si había presentes judíos que lo criticaran. ¿Qué sabemos cuántos cambios más sufrió en su fortuna de Ti durante su vida, hasta que le dejaste reposar en el lecho de oro, en tu propio imperial lecho de Cruz?

Pablo, millonario de Damasco, mendigo en el Areópago y en su propia carne, enriquecido también hasta el exceso al morir. No hay historia de financieros que igualen al más humilde de los tuyos en esos terribles vaivenes de fortuna: por eso en este tu Reino de maravillas no hay sistemas ni ideologías. Nada más que Tú.

Ya ves, Señor, nuestro pobre, pequeño Grupo cómo está: después de los millones vino la miseria, y a veces hemos vuelto a ser ricos de Ti. Te hemos dado a otros con pedazos de nosotros, y ahora

hemos vuelto a la marginación; somos menesterosos de tu Reino. Sólo Tú sabes cuándo le vas a abrumar a uno con el peso de tus dones; cuándo lo vas a elevar a tus alturas, cubierto de tus espléndidas pedrerías, y cuándo lo vas a dejar en taparrabos, expuesto al sol calcinante del día y al frío de la noche, en pleno desierto.

Son emociones muy fuertes, Señor. Tu vino se sube a la cabeza con demasiada potencia y las depresiones, después de tus fiestas, son demasiado profundas. Sin embargo, Señor, este tu pequeño, pobre grupo de amigos tuyos, que ahora están en la indigencia, cubiertos sólo con los harapos de su esterilidad, éste tu puñado de enamorados de Ti, no Te ha perdido la confianza.

Sabemos, Señor, que cuando Tú quieras. Sin sistemas, sin métodos, sin aviso, volverás a servirte de nosotros y a vestirnos con tus deslumbradoras libreas. Subirán las transacciones en tu Bolsa, y nos veremos otra vez ricos, útiles, fértiles a tu palabra, y fertilizadores de otros corazones con tus amigos, Y si aguantamos las fluctuaciones de ese tu único barajar de valores, tal vez nos dejes reposar, al fin, en tu lecho imperial, para iniciar el divino, ininterrumpido coloquio feliz y sin término.

CAPÍTULO 80.- BENDITA ANGUSTIA

Dijo alguien – no recuerdo quién – que el amor es un dulce dolor, una suavísima angustia.

Verdad grande cuando se trata del amor entre humanos, y verdad mayúscula, absoluta, cuando se trata de Tu amor. Cuando Tú escoges a un hombre y le destilas ese inefable tóxico de tu amor, lo marcas de por vida, porque el que Te ama, te persigue tal como eres, dentro de su propio ser y al mismo tiempo lejano.

Te siento tierno y gentil, celoso y absorbente. Conoce tus finezas únicas, tu belleza de flor, de piedra preciosa, de prado florido. Huele con placer tus perfumes raros, delicados, suaves y penetrantes al mismo tiempo. Ve tu luz irisada: goza de tu tacto fino y cálido, y, como es natural, quiere que todos aquellos a quienes ama Te vean, Te palpen y te gusten, para que experimenten la felicidad inenarrable que Tú das, sonriendo con esa maravillosa sonrisa que es conjunción y expresión plena de amor del Padre, del Hermano, del Amigo, del Amante.

Quiere que todo el mundo Te conozca. Que todo el mundo Te goce, Te coma, se haga Tú. Y allí empieza el dolor de saberse un pobre optometrista, incapaz de diseñar anteojos para verte a Ti.

Un pobre médico, que no puede despertar el olfato de los demás, para que sientan tu buen olor; que no puede avivar las pupilas de las lenguas de otros para que gusten de tu buen sabor; que no puede abrir sus oídos para que escuchen tus dulces susurros de amor divino; que no puede despertar su tacto para que sientan el calor de tu proximidad.

Un pobre poeta, que no puede transmitir su arrobamiento ante los sutiles actos de amor, y surge la suave angustia de amarte y no serte útil. Brota el deseo de sacrificio de dar la vida con dolor para que otros vean.

Cuando como tu Pan y tu Cuerpo se hace mío, quisiera arder con tu belleza, para que todos te vieran, quisiera hablarles al oído con la música íntima y seductora de tu canto de amor; quisiera tocarlos

para hacerlos sentir la sedosa caricia de tu tacto de amante sabio. Pero a pesar del deseo de sacrificio, del ansia de cambiar mi sangre por tu luz, no brillo al arder, ni salen de mi boca las bellas canciones de tu amor, ni toco, con tu tacto exquisito de amante, la piel y el corazón de mis hermanos.

Ese es el dulce dolor y la suave angustia de amarte, Señor, y no poder hacer que todos Te vean como eres, mi Dios, mi Hermano, mi Amigo, flor, pájaro, piedra preciosa, dulce fontana, bello Señor de los ojos brillantes y la ingenua sonrisa.

Pero hay otro dolor y otra angustia. Es el dulce dolor de quererte para mí solo, y de saber que eres para todos. Que no puedo cerrar la cortina de lianas en la entrada de la gruta musgosa de nuestra intimidad de dos, porque todos los hombres pueden amarte y ser correspondidos por Ti en la misma infinita medida. Es la suave angustia de saber que, si los trajera a todos a Ti, serías feliz.... ¡y de no poder traértelos!

Dividido estoy, Señor, con este tu amor; perturbado con esta tu divina locura. Ya me ven algunos con ojos de sospecha, y ellos no saben que lo que hago y lo que digo, por revelarles tu amor, me desgarran, pues tengo celos, porque Tú los amas, y me entusiasma que Te lleguen a amar, porque sé que Tú mueres por ellos.

Lo peor es que me voy dando cuenta de hasta dónde me va a llevar esta locura. Hasta quitar la cortina de lianas que cierra la puerta de mi gruta musgosa. Hasta amarte en público, Señor, tal vez a gritos, perdido ya el pudor de mi afecto íntimo Contigo.

Señor: quisiera tenerte y no darte, y al mismo tiempo darte a todos. Sé que me amas y gozo; vibro en tu amor y palpita todo mi ser, pero muero al darte a los otros, y si no Te doy, no vivo

Dulce dolor, suave angustia. ¡ Bendito seas, mi Señor!

CAPÍTULO 81.- ALLELUIA

No sé cuántos peldaños me faltan para llegar al umbral de tu eternidad, pero ya deben ser pocos.

De pie en uno de ellos – el de hoy -, contemplo tu mundo, Señor, y me invade un gozo inmenso, inenarrable.

Te doy gracias, Señor, de que me hayas pensado hombre, de que no me hayas dejado en un simple puñado de polvo perdido en algún planeta lejano, para ser dispersado por las tormentas siderales o, cuando mucho, para guardar una huella al ser pisado por el zapatón de un astronauta.

Te doy gracias por haberme pensado hombre de esta época convulsa, en que tu mundo vive, se retuerce y lucha en un ansia tremenda de ser mejor.

¡Desde este pequeño peldaño de hoy veo todo tan claro!

Todo lo malo de nuestro mundo actual chocando con tu Pueblo, puliéndolo y abillantándolo, haciendo brillar todas sus facetas, desprendiendo de él todas las escorias que por los siglos habían ido adhiriéndose, y ocultando los irisados fulgores que Tú le diste en la alborada peregrinación.

Gozo viendo todo lo bueno que surge como una bruma. Cómo entre el fragor de los jets, de las bombas y de las minimotos se eleva el gran cántico de todos los hombres que Te buscan, con una intensidad nueva, propia de este tiempo.

Gracias, Señor, por haberme hecho vivirlo, por haberme puesto en condiciones de contribuir a tu búsqueda.

Yo sé que no lo hice bien. Que por cada vez que encajé en tu plan, me desvié setenta veces siete, stupidizando, superficializando esta vida que Tú me diste.

Pero sé, también, que has recibido con inmenso cariño mis pequeñas aportaciones, atesorándolas, como los padres guardamos los diplomas de primaria de nuestros hijos.

Sé que has perdonado mis desviaciones, al primer gesto mío de arrepentimiento sincero, Sé que has mandado gente a buscarme, cada vez que me he perdido.

Y por todo eso, Señor, hoy elevo con el mundo entero mi canto de alabanza, mi acción de gracias por las maravillas que estás haciendo en este tu inmenso taller de la Creación, y en este pobre, basta imagen tuya, que soy yo.

¡Alabanza a Ti, Señor, y gloria por los siglos de los siglos!

Temas impresos bajo licencia de:
ORGANISMO MUNDIAL DEL M.C.C. (OMCC)
GRUPO LATINOAMERICANO DEL M.C.C. (G.L.C.C.)
SECRETARIADO NACIONAL DEL M.C.C. DE MÉXICO (SNMCCMX).